

colorchecker CLASSIC



mm

x-rite

GARÍN

NOVELAS

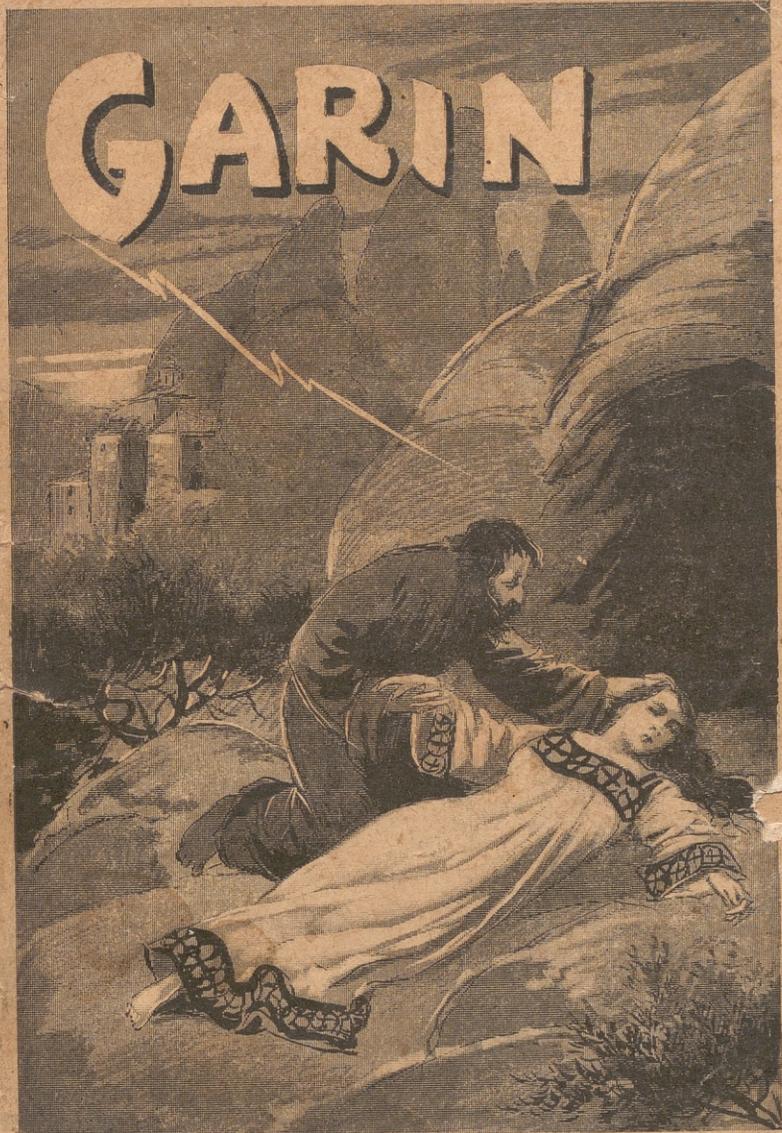
POPULARES

Á DOS REALES TOMO

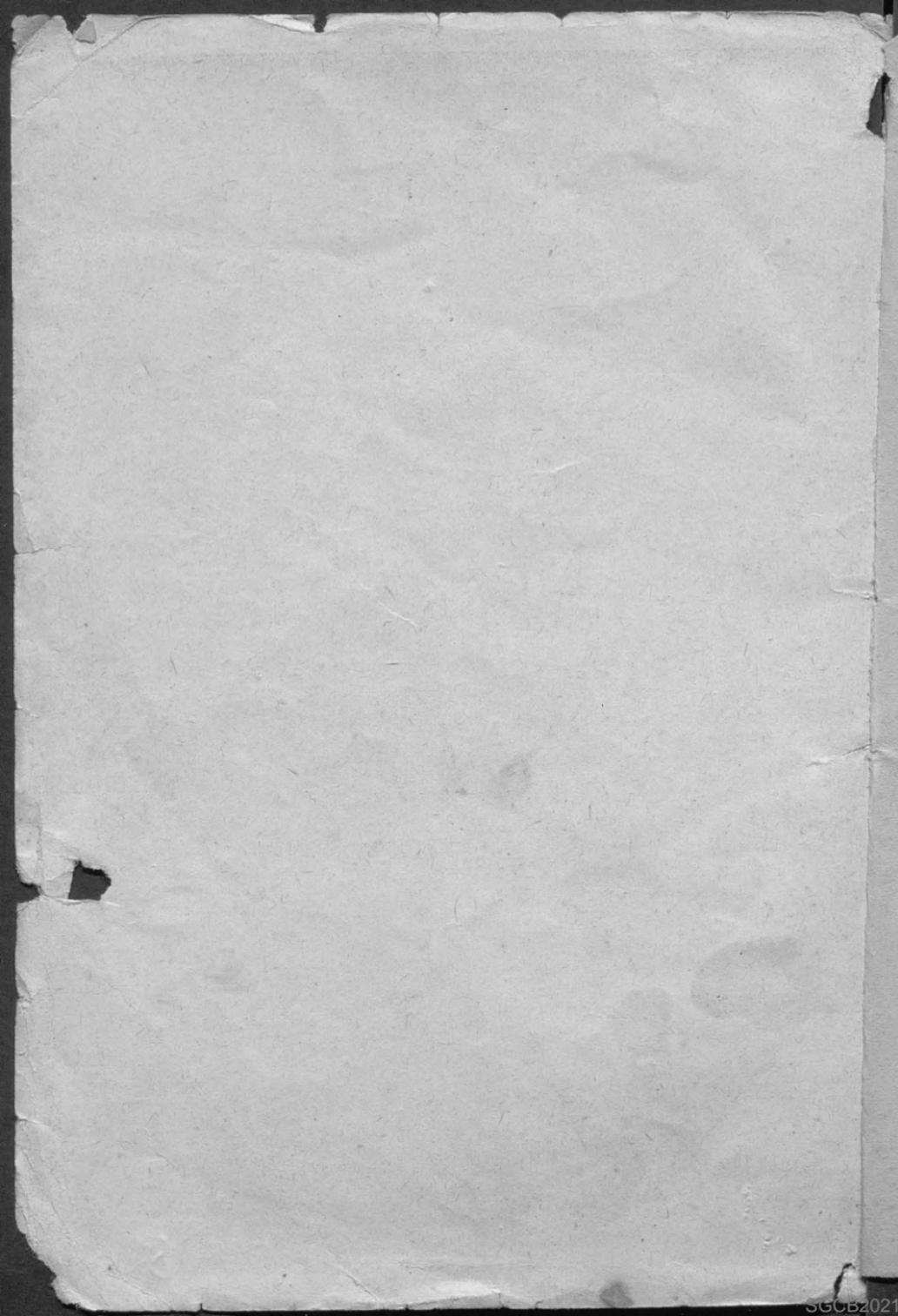
- | | |
|--|---|
| La Dama de las Camelias. | Falstaff. |
| Manon Lescaut. | Aida. |
| Bertoldo, Bertoldino y Casaseno. | María Magdalena. |
| Gustavo el Calavera. | Historia de un Piloto. |
| La Bella Normanda. | Historia de Manuel García, (el rey de los campos). |
| El Libro de los Enamorados y el Secretario de los Amantes. | Narraciones Americanas. |
| Juegos de manos y de sociedad. | Narraciones Catalanas, (en castellano). |
| Las Trece Noches de Juanita. | Novelas Griegas, en id. |
| Los Besos Malditos. | Novelas Italianas, en id. |
| Bocaccio. | Amor de Madre. |
| Doña Juanita. | Abelardo y Eloisa. |
| Los Amantes de Teruel. | Dolores ó la Moza de Calatayud. |
| Pablo y Virginia. | Un Casamiento Misterioso. |
| Don Juan Tenorio. | La Flor de un Día. |
| Canciones Españolas. | Las Espinas de una Flor. |
| Cármén. | Don Juan de Serrallonga. |
| Julieta y Romeo. | Los Siete Niños de Ecija. |
| Otello el moro de Venecia. | Reina y Esposa ó (Aragoneses y Catalanes en Oriente). |
| El Emisario, (Novela Cubana). | Hernán Cortés y Marina. |
| Mesalina. | Treinta años ó la vida de un jugador. |
| Genoveva de Brabante. | José María, El Rayo de Andalucía. |
| El Trovador. | Diego Corrientes. |
| El Barbero de Sevilla. | Luis Candelas. |
| Hernani. | Margarita de Borgoña. |
| El Rigoletto. | Catalina Howard. |
| Lucrecia Borgia. | |

Casa Editorial Maucci, Consejo de Ciento, 296. — Barcelona

GARIN



FA-C05-08



GARÍN

GAFFIN

F. LUIS OBIOLS

FA-C05-08

GARÍN

Leyenda histórica popular



BARCELONA

Casa Editorial Maucoel

CONSEJO DE CIENTO, 296

1899

R. 24981

Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Imp. Tobella y Costa, Asalto, 45; Barcelona



GARÍN

I

¡Montserrat!

Ved ahí un nombre que, pronunciado en cualquier punto del globo donde aliente un pecho catalán, produce en él la más franca explosión de entusiasmo.

Es que esta palabra es el compendio de toda la historia de su patria, es la quinta esencia de su fe.

Por esto en todos los grandes centros de población, en Madrid como en Nueva York, en Roma como en la Habana, en Melbourne como en Buenos Aires, veréis elevarse templos dedicados al culto de la Virgen de Montserrat, ó existir asocia-

ciones que ostentan el nombre de esta montaña venerada.

Orgullo de los naturales, admiración de los extranjeros, consérvanse sus recuerdos, propálanse sus tradiciones de generación en generación, cual en antigua casa solariega se conservan y propalan los blasones y los gloriosos hechos de sus antepasados.

Así han llegado hasta nosotros las tradiciones y leyendas que á la memoria del viajero que allí sube trae casi cada una de las imponentes rocas que forman ese portentoso conjunto que llamamos montañas de Montserrat.

Una de estas leyendas vamos á referiros en este libro.

Autores poco escrupulosos han falseado la tradición y con ella al propio tiempo la verdad histórica.

Al emprender este ligero trabajo nos proponemos, aun cuando en la amena forma que requiere la novela, reconstituir los hechos tales como de las antiguas crónicas se desprenden.

Remóntase nuestro relato al último tercio del siglo ix, cuando regió el condado de Barcelona aquel célebre Wifredo *el Velloso*, con cuya sangre se trazó el escudo que, á través de los siglos, tan honrado y enhiesto han venido conservando sus descendientes.

Existía por aquellos tiempos, en el sitio que hoy ocupa el célebre monasterio, ó muy inmediato á él, una ermita, morada de un santo varón que llevaba en ella áspera y trabajosa vida.

Juan Garín se llamaba el piadoso anacoreta de quien se ignoran la patria y la familia.

Sábese solamente que estuvo haciendo penitencia dentro de una cueva, situada en una eminencia inmediata al que es hoy monasterio.

En aquella soledad veía transcurrir en santa paz sus días el buen anacoreta.

Alejado de este mundo de miserias que á tantos seres arrastra á la eterna desventura, no tenía otros consejeros ni testigos que los pajaritos que venían á revolotear en torno de su mísera vivienda, y aquel cielo á cuya posesión aspiraba.

Así se deslizaban para él los años sin ambición y sin pasiones.

Dios y su soberana gloria: éstas eran sus únicas aspiraciones.

Mas un día, mientras embelesado se hallaba en la contemplación de las grandezas de la naturaleza, una sombra vino á interponerse entre él y la purísima luz del sol que su humilde hogar iluminaba.

Asombrado dirigió el rostro hacia la entrada de la cueva, y, con mayor asombro todavía, vió ante él á un ser humano.

Parecía un anacoreta.

Tal lo demostraban sus pies descalzos, su luega barba, el venerable aspecto de su faz y el toscó sayal que le cubría.

En el santo nombre de Dios se saludaron, y dijo-le luego á Garín el recién venido:

—¿Cuánto tiempo lleváis en esta cueva?

—Perdida tengo la cuenta de los años que en este retiro he pasado adorando á mi Señor.

—Joven me parecís.

—Creo que han pasado menos años sobre mi mísera cabeza que sobre la vuestra. Así me lo descubre la nieve que la blanquea.

—En esta montaña la adquirí.

—¿Tantos años lleváis sirviendo á Dios en estas soledades?

—Muchos.

—Jamás pensé que planta humana hubiese pisado antes que yo estos parajes.

—Tampoco yo creí que tan cerca de mi morada otro hermano mío elevase, á la par que yo, sus preces al Eterno.

—¿Cerca decís?—preguntó con extrañeza Garín.

—Tan cerca, que desde aquí ver se puede mi vivienda.

E invitándole á salir fuera de su cueva, mostróle á corta distancia de allí otra cueva idéntica á la suya.

—¿Veis?

—Verdad es,— afirmó asombrado Fr. Juan.

—Y, sin embargo, sin la divina voluntad que hacia este sitio ha querido encaminar hoy mis pasos, ignorados seguiríamos uno de otro.

—¡Lorado sea Dios!—exclamó Garín.

—Para mayor gloria suya será, pues juntos platicar podremos de las cosas del cielo. ¡Cuánto me pesa no haberos antes conocido! Porque esta misma incomunicación en que por tantos años hemos vivido, me demuestra el rigor á que lleváis vuestra vida de penitente.

Fr. Juan inclinó modestamente la cabeza sobre el pecho, mientras su interlocutor proseguía diciendo:

—Y cuando con tanta constancia se sigue la senda del bien, señal es de perfección en el varón que así anda por ella.

Bajó los ojos el anacoreta, confundido ante las halagadoras frases de su vecino.

Jamás antes de entonces llegaron semejantes palabras á sus oídos.

No era de extrañar que, al penetrar por la vez primera en ellos, se sintiera su alma poseída de inexplicable confusión.

—¡Cuán bueno sois!—añadió el anciano dando muestras de piadosa admiración. —Apenas debéis conocer el mundo.

—Algo le conocí; pero tan poco, que apenas puedo acertar lo que él sea.

—Yo le conocí por desgracia cuando joven.

—¿Muy joven?

—En mis mocedades viviera entre la molicie y los halagos. Amaba los placeres y los objetos que me los proporcionaban: el juego, el vino, la mujer, la orgía, la danza...

El anciano lanzó un profundo suspiro, dejando-deslizarse pasajera por su frente una nube de tristeza.

—¿Os aflige el recuerdo de aquellos tiempos?— preguntó Fr. Juan.

—Mucho me aflige.

—¿Los echáis de menos?

—¡Oh, no! Laméntome y conduélome de los hermosos días de mi juventud tan miserablemente perdidos entre efimeros placeres, días que hubiera podido utilizar muchísimo, incomparablemente mejor, empleándolos en la vida contemplativa á que sólo más tarde... ¡ay! tal vez demasiado tarde, me entregué. Por eso os contemplo con admiración y entusiasmo, y me producís una piadosa envidia cuando os contemplo tan joven y caminando ya por la senda de perfección que yo pretendo seguir.

—Si no he comprendido mal, hace ya muchos años que os entregasteis á la penitencia.

—Muchos, sí.

—Entonces...

—Pero también son muchos los inviernos que han pasado sobre mi cabeza.

Guardó silencio Fr. Juan.

Despidióse de él el anciano, prometiendo ir á menudo á visitarle y á regocijarse ambos mutuamente con sus espirituales y piadosas conversaciones.

—Seguid, — añadió al marcharse, — seguid en vuestra retirada vida. Yo seré quien á vos venga.

Y cumplió su palabra.

A menudo iba á visitarle, sin que ni una sola vez escaseara las alabanzas y felicitaciones al joven anacoreta por su ascético fervor.

Con lo cual éste sentía germinar en su alma un sentimiento nuevo, un inexplicable gozo interior.

Santo orgullo de perfección que le movió á buscarla mayor, redoblando sus oraciones y penitencias.

Secreto afán de aparecer cada día más perfecto, más merecedor de aquellas alabanzas que su anciano vecino le prodigaba.





II

Existía no hace muchos años, en Barcelona, un monasterio ó convento de monjas llamado de santa María Magdalena.

Ocupaba todo el inmenso terreno que se extiende desde un recodo que en la actualidad forma la calle llamada de las Magdalenas, donde hay una fuente y una capilla, hasta el extremo superior de dicha calle, y siguiendo el ángulo trazado por la misma hasta desembocar en la calle de la Riera de San Juan.

En este punto, y en la esquina opuesta, y al extremo de esta última calle, se levantaba en la época de nuestra historia un palacio de los condes de Barcelona.

Llamábase la casa de *Valldaura*.

Dicen los modernos historiadores que era aquel edificio el palacio ó la residencia de verano de los señores de esta tierra.

Fúndase esta creencia en la situación del edificio.

En efecto, en aquellos tiempos no había alcanzado Barcelona ni la cuarta, ni tal vez la octava parte de la extensión que hoy la conocemos.

Sumamente reducido su recinto, todo ese laberinto de calles y callejuelas que hoy existen desde la Plaza Nueva hasta la Ronda por una parte y hasta el Salón de San Juan por otra, eran un inmenso y precioso valle.

Limitaban este valle por este último lado la pequeña colina donde se asentaba el monasterio de monjas de San Pedro de las Puellas.

Y en el precioso llano que se extendía desde esta colina hasta la prominencia donde estaba asentada la ciudad antigua y casi diremos primitiva, era donde se levantaba el palacio de *Valldaura*.

Que éste fuese la residencia de verano de los condes de Barcelona, lo estimamos discutible.

Más bien nos inclinariamos á creer que era en él donde de continuo residían.

Sus almenados muros y su sólida fortificación nos lo hacen suponer así.

Dejando á un lado, empero, investigaciones que no son de este lugar, diremos que allí vivían á la sazón el conde Wifredo *el Velloso*, con su esposa la infanta Gunedilda, hija de los condes de Flandes.

Con ellos vivía asimismo su hija Riquilda.

Era la tierna hija de los condes de Barcelona un dechado de hermosura así del cuerpo como del alma.

Humilde, virtuosa é hija amante, era su faz el espejo en que gozosos se contemplaban sus amantes padres.

Lozana crecía y de todos celebrada era por sus encantos naturales.

Ni faltaban poetas que los cantaran, ni aguerridos y gallardos caballeros que á poseerlos aspiraran.

Mas un día notó la perspicaz mirada de Gunedilda que en el semblante de su hija se retrataba insólita inquietud.

—¿Qué tienes, hija mía?—preguntóle.

—¡Ay madre, no lo sé!—respondió la niña suspirando.

—Tus ojos delatan viva inquietud.

—Es que me asusta lo que dentro de mí siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—A explicártelo tal vez no acierte, porque yo

misma no sé cómo explicármelo. Es algo así como un incesante malestar, una continua agitación que turba mi mente y me subyuga.

—Ruega al Señor que acuda en tu auxilio.

—Bien lo quisiera hacer, mas trábese mi lengua al ir á invocarle, y abrásanse mis labios al dar paso á las palabras con que á Él intento dirigirme.

—Constancia y fe debes tener.

—Ni fe ni constancia existen en mí desde que así me siento.

Alarmó á la buena señora la confidencia de su hija.

Llevarla quiso consigo al templo.

Mas con gran asombro suyo y de todos Riquilda demostraba repugnancia en ir á aquel sagrado recinto que hasta entonces había sido su delicia.

Y si á él acudía, veíasela padecer horriblemente desde que en el templo penetraba hasta que de él salido había.

Tales y tan singulares circunstancias acrecieron las angustias de la noble dama.

Una sospecha dolorosa pasó por su mente.

Observó, examinó, estudió como sólo una madre sabe hacerlo.

Al fin un día, mientras á solas departiendo estaba con su esposo Wifredo, dijole:

—Un gran pesar tengo esposo, mío.

—¿Pesares tú, luz de mis ojos?

—¡Ay! sí.

—¿Y no lo ha dicho tu labio todavía? ¿quién es bastante osado para afligirte? Dímelo, que, sea quien fuere, yo haré que cese la causa de tu pena.

—Acaso no puedas conseguirlo.

—¡Qué dices! ¿Tan poderoso es quien aleja de tu pecho la alegría y de tu labio la sonrisa?

—Temo que lo sea mucho.

—¿Mucho? —repitió Wifredo mirando sorprendido á su esposa.

—¡Ay! sí, mucho más que nosotros y que otros más poderosos que nosotros.

—¿Será tal vez que no le conoces?

—¡Ojalá pluguiera á Dios!

—¿Qué palabras son estas? ¿Qué dices?

—Digo, que una sospecha cruel corroe mi corazón de madre.

—¿Sospechas acaso de nuestra hija?

—De ella no me es dado sospechar.

—¿De quién, pues?

—Escucha. ¿No has oído contar algunas veces que el espíritu del mal, cuando quiere perder á un alma buena, se introduce en el cuerpo que la cobija?

—Sí.

—¿No has oído decir que el infeliz que tan vil huésped en su seno alberga, siente viva agitación primero y detesta después, ó lo repugna al menos, cuanto formó antes las delicias y el consuelo de su vida?

—Sí,—repitió Wifredo fijando con extrañeza sus ojos en el rostro de su esposa.

—¿No dicen que tales seres no osan penetrar en lugar sagrado, y que, si á él son conducidos ú obligados á penetrar, son atroces los martirios que padecen?

—¡Sí!—exclamó ansioso ya el conde.

Gunedilda fijó en su marido una mirada llena de inexplicable tristeza.

—¿Y bien?...—preguntó éste.

—¿No adivinas que esta es la sospecha que mi pensamiento tortura? Todo esto le pasa á nuestra hija Riquilda...

—¡Ah!

—Dios me perdone si yerro; mas, por las señales que en ella he observado, nuestra hija... está poseída.

—¡Poseída!—exclamó el conde dejando caer abatida la cabeza sobre el pecho.

Y desde aquel instante mismo, también él se dedicó á observar á su hija.

No le fué difícil comprobar cuanto su esposa le dijera.

Avistóse sin demora con el obispo, que lo era á la sazón Frodoyno, el afortunado descubridor de las reliquias de Santa Eulalia, y le expuso el estado en que suponía se encontraba su hija.

Apresuróse á su vez el santo prelado á investigar la verdad del caso.

Por desgracia eran harto ciertas las sospechas de la condesa Gunedilda.

El espíritu del mal se había posesionado del gentil cuerpo de Riquilda.

Intentóse arrojarle de aquel lugar.

Mas fueron vanos cuantos esfuerzos y exorcismos se hicieron.

A todo resistía el implacable enemigo de las almas.

Cuanto más se le acosaba, mayores eran los tormentos que á su inocente víctima imponía.

Ordenó entonces el piadoso obispo generales rogativas en la ciudad.

A sí mismo se impuso duras penitencias y las encomendó al pueblo, para lograr del Altísimo la liberación de aquella alma.

Llegó al fin un momento en que el infernal espíritu debió verse acosado en sus últimas trincheras.

Y entonces dejó oír su voz.

¡Ojalá no lo hubiese hecho!

Ved ahí lo que le dijo:

—Dispuesto estoy á abandonar este cuerpo de que estoy posesionado, pero ha de ser con una condición. En una cueva de la escabrosa monta-



—¿Pesares tú, luz de mis ojos? (Pág. 17)

ña de Montserrat reside un ermitaño que ha por nombre Juan Garín. Llevad allá á la doncella y dejadla en su cueva para que durante nueve días

haga con él vida de penitencia. Si así lo ejecutáis, la doncella quedará para siempre libre de mi dominio.

A todos sorprendió la condición que imponía el espíritu del mal.

Pero ¿á qué no habían de avenirse aquellos atribulados y amantes padres á trueque de devolver á su hija y recobrar también ellos su antigua tranquilidad y alegría?

Mandó el conde que se averiguase el lugar donde tenía su retiro el piadoso anacoreta.

Vino á sus oídos la fama de santidad de que gozaba entre los pocos que habían tenido la dicha de conocerle ó visitarle en su morada.

Tuvo luego serias deliberaciones con el prelado, con muchos santos varones y con su propia esposa.

Y resolvióse al fin á ir él mismo con su hija á fray Juan Garín y á encomendarle su salvación.



III

Acompañados de brillante y numeroso séquito de eclesiásticos y caballeros, subieron Wifredo y Riquilda la pesada cuesta del Montserrat.

Grande fué la sorpresa que á fray Juan Garín le produjo la presencia de tan numerosa comitiva.

Y creció aquélla de punto cuando se le hubo enterado de que era á él á quien buscando se venía.

Humilde y confuso llegó á la presencia del poderoso conde, señor de aquellos lugares.

—¿Qué puede desear mi soberano del más insignificante y mísero de sus súbditos?—preguntóle.

—Tú lo has dicho, Garín; un deseo me lleva

hasta tu morada, deseo ardiente que me obligas á turbar la soledad de tu retiro.

—Hablad, señor.

—Una hija tengo, que es la delicia mía y de su madre; héla ahí. Mira en cuán deplorable estado la ha puesto el espíritu del mal.

Garín dirigió á Riquilda una mirada, y al verla se compadeció de ella.

Realmente sus padecimientos la tenían en un estado que causaba lástima.

—¿Qué puedo hacer yo, mísero de mí, para salvarla?

—Sólo á tu voz consiente el maligno en abandonar este cuerpo de que hizo presa. Por esto aquí hemos venido, para que con tu poder le arrojes.

—Ninguno es mi poder, señor: sólo Dios es verdaderamente poderoso. Oremos todos, invoquémosle con corazón contrito y humillado, y esperémoslo todo de su misericordia, que es infinita como la eternidad.

Y dando á los otros el ejemplo, puesto de rodillas en el suelo, elevó á Dios larga y fervorosa oración.

Imitáronle todos, desde el mismo conde hasta el último de sus guardias.

Todos los corazones sentíanse dominados de un solo sentimiento.

Una sola súplica brotaba de todos los labios, elevándose como nube de perfumado incienso, hasta el solio del soberano Señor de cielo y tierra.

Únicamente Riquilda estaba de pie.

Ella únicamente se mostraba indiferente é insensible.

Sus labios se entreabrían á impulsos de una sonrisa que bien podía creerse burlona.

El anacoreta tenía alzados los brazos hacia el cielo, y á él dirigía sus ojos, de los cuales se desprendía copioso llanto.

De pronto la infanta Riquilda empezó á sentir serenársele el espíritu.

De sus labios desapareció la burlona sonrisa.

Sintió las lágrimas asomar á sus ojos.

Insensiblemente fueron juntándosele las manos y doblándosele las rodillas.

Y al fin, cayendo de hinojos al lado de su padre, agitáronse sus labios á impulsos de una plegaria.

¡Estaba salvada!

Garín había logrado del Dios misericordioso que quedase libre la doncella del dominio de su infernal opresor.

Gritos de júbilo resonaron por doquier ante tan maravilloso suceso.

A las ardientes súplicas, sucedieron en todos los labios las más entusiastas acciones de gracias.

Todos bendecían y alababan al Ser Supremo por el inapreciable beneficio que, por mediación de su siervo, les había concedido.

Y creciendo de pronto la veneración y confianza que en el piadoso anacoreta depositara, adelantóse hacia él Wifredo, diciéndole:

—Grandes deben ser tus méritos, cuando tan agradablemente atiende Dios tus oraciones.

—La más humilde soy de sus criaturas,—contestó Garín;—mas han sido muchos los corazones que á él se han elevado, y bien puede haber entre nosotros vasos de elección que sean más gratos á sus ojos.

—Humildad demuestran tus palabras, que sientan bien en boca de hombre de tanta piedad; bien sabes que el infernal enemigo manifestó que sólo á tu voz había de obedecer.

Fray Garín inclinó la cabeza y bajó al suelo los ojos, mientras el conde proseguía:

—Más exigió el demonio para que mi hija pudiese para siempre verse libre de su dominio, y fué que debía pasar en tu compañía nueve días ejercitándose en actos de piedad y penitencia.

Fijó con sorpresa el ermitaño sus ojos en el conde ante tan extraña proposición.

—A cumplir esta otra parte de su mandato hemos venido también,—prosiguió el conde Wifredo.

—¡Cómo!

—Mi hija quedará confiada á tu custodia durante nueve días, pasados los cuales volveremos aquí todos en su busca.

Una nube de tristeza invadió el semblante del anacoreta al oír lo que decía el conde.

—¿Qué es lo que pretendéis, señor? ¿que vuestra hija se quede aquí á mi lado durante estos nueve días?

—No soy yo quien lo dispone: es...

—Mas vos debéis comprender, señor, que tal cosa es contraria á lo que la solitaria vida que aquí llevo requiere; y aun sin esta razón, que es de gran fuerza, ¿cómo sabrá soportar esta delicada doncella la vida de penitencia y de privaciones que aquí se lleva? ¿cómo podrá acomodarse á no tratar más que con un mísero solitario en lo terreno, la que acostumbrada está al ruido de la corte, y en descansar en el duro suelo el cuerpo acostumbrado á recrearse en blando lecho?

—Vida de penitencia es la que á tu lado llevar debe.

—¿Cuáles habrán sido sus pecados, para que tan niña á tal penitencia se la obligue? Creedme, señor: llevad con vos á vuestra hija, que sana está ya del cuerpo y libre del enemigo que la martirizaba. Penitencia puede hacer en otro paraje menos solitario y triste...

—Es en vano que te opongas, pues así debe ser.

—Mas considerad, señor...

—A ti, Garín, es á quien toca considerar, que va en ello la salud del cuerpo y la paz del alma de esta angelical criatura; que es un padre amante quien á suplicarte viene, ofreciéndote confiado la custodia del más precioso de todos sus tesoros; que te pido por gracia lo que tengo el derecho de exigirte; que si Dios en el cielo premia con eterna gloria y santidad las virtudes de sus santos anacoretas, también los que en la tierra representamos su poder, sabemos recompensar á quien bien y lealmente nos sirve. Muévante todas estas razones, y otras que tú mismo ofrecerte puedes, á condescender á los ruegos de un padre y á consentir que, durante nueve días, que al fin no es plazo tan largo, interrumpa tu pacífica y solitaria vida el cuidado de enseñar á un alma bien dispuesta el camino de la verdadera perfección...

Así suplicaba é insistía el conde.

Escuchábale Garín con los ojos fijos en tierra.

Cien opuestas ideas y sentimientos agitaban su mente y combatían su espíritu.

Cuando hubo terminado Wifredo su plática, disponíase el anacoreta á oponerle nuevas objeciones.

Alzó los ojos del suelo para fijarlos en su interlocutor.

Mas, allá á cierta distancia, divisábase la cueva del venerable ermitaño que, desde algún tiempo, compartía con él los espirituales goces de aquella soledad.

Y, de pie á corta distancia, estaba el anciano siendo mudo testigo de la escena que allí se desarrollaba.

Cruzáronse sus miradas y, de repente, sintióse fray Garín sin ánimo para continuar en su saludable re-istencia.

Agregáronse, además de los ruegos y promesas del conde, las súplicas é instancias de los sacerdotes y señores que le acompañaban.

Y no acertando más á insistir, dióse por vencido, y consintió en admitir en su compañía á la doncella.

Un clamor general de gratitud resonó por todos lados en cuanto hubo accedido el anacoreta.

Y hasta el risueño aspecto de las facciones del anciano ermitaño que junto á la entrada de su cueva mantenía, demostraba que aprobaba la heroica decisión de su joven compañero en penitencia.



IV

Al pie mismo de las escabrosidades del Montserrat y á la parte de levante, existía ya en aquella época un pueblo conocido con el nombre de Monistrol.

Corre á poca distancia el caudaloso y turbulento río Llobregat, que fertiliza y anima aquellas tierras, que parecen amparadas por la benéfica influencia de la Señora que en aquellas alturas tiene su solio asentado.

Allí se retiró el conde Wifredo con su gente, después que hubo dejado á su hija en la cueva de fray Garín.

Diariamente enviaba el conde á sus criados con

algunas provisiones para el sustento de la doncella y del cenobita.

Mas no siempre eran todas aceptadas y más de dos veces aconteció que los servidores de Wifredo tuvieron que volverse á Monistrol con ciertos manjares que no juzgaba compatibles el piadoso anacoreta con la frugalidad que se tenía impuesta.

Aun así, empero, conceptuaba él por muy regalada la vida que en aquellos días veíase obligado á hacer, por más que muchos eran los alimentos que no probaba aun cuando allí quedasen para sustento de Riquilda.

Desconsolada había quedado ésta y sumamente triste al ver partir á su padre y hallarse de improviso con el santo anacoreta.

Aplicóse éste á consolarla con suma caridad y con devotas y espirituales conversaciones.

Enseñábala cómo debía orar para que fuesen sus oraciones á Dios, y los modos cómo á tan gran Señor se debe ir.

Mostrábala, solícito del bien de su alma, el camino que seguir debía para lograr su eterna salvación.

Todos esos coloquios y santas ocupaciones, iban llevando al alma de Riquilda la paz y el consuelo.

Mayor era de día en día el afecto y confianza

con que atendía las enseñanzas de su guía y compañero.

Iba viendo abrirse nuevos horizontes cada día,



Mostrábala el camino que seguir debía... (Pág. 32.)

nuevos motivos de amar á Dios y de admirarle y adorarle en sus obras.

Volaba su espíritu á regiones de luz por ella, hasta entonces, apenas vislumbradas.

Y era tanto el afán y el gozo interior con que tales enseñanzas y consuelos acogía, que mientras aquellos espirituales coloquios duraban, no se apartaban del rostro de fray Garín sus grandes y expresivos ojos.

¡Ay! aquellos ojos fueron baterías por donde el enemigo de nuestras almas hizo sus certeros y mortíferos disparos sobre el alma del piadoso anacoreta.

Lo hemos dicho en alguna otra parte.

Los ojos son una especie de focos eléctricos que se atraen entre sí.

Fijad con insistencia la mirada en otra persona que os pueda ver y más ó menos pronto sus ojos se encontrarán con los vuestros.

Y desde aquel instante, quedará establecida entre unos y otros una corriente eléctrica que parecerá obligaros mutuamente á volveros á mirar.

Y necesitaréis hacer uso de un acto enérgico de voluntad para romper esta corriente.

Ved ahí lo que le ocurrió á Juan Garín.

Encontráronse sus ojos con los de la doncella, y en el corazón del anacoreta se produjo una conmoción eléctrica.

Fué la primera chispa del incendio que debía producirse en su interior.

Ocurría esto á los dos días de haber quedado la infanta confiada á sus cuidados.

Entonces notó que Riquilda era hermosa.

Entonces comprendió que no debía, bajo ningún concepto, haber condescendido á lo que Wifredo le pidiera.

Entonces vió el peligro que le amenazaba.

Quien busca el peligro, nos ha dicho el Espíritu Santo, perecerá en él.

Y Santo Tomás de Aquino declara, al mismo tiempo, que el único modo de vencer al enemigo, al demonio de la sensualidad, es huir de él.

Estos pensamientos y avisos acudieron inmediatamente á su imaginación.

Convencido de la verdad é importancia de tales afirmaciones, decidió, tras dos otros días de lucha con su espíritu, abandonar á Riquilda.

Antes, empero, fué á consultar el caso con el anciano ermitaño su vecino.

Contóle sus angustias.

Expúsole la pasión que amenazaba y pretendía sojuzgarle.

Y le declaró la resolución que había tomado.

Desaprobósele enérgicamente el anciano.

—Cuando se tiene fe y confianza en Dios,—le dijo,—se admiten las tentaciones y se lucha con ellas á brazo partido.

—Puedo ser derrotado,—observó fray Garín.

—¿De qué os habrían servido, entonces, tantos años de penitencia y estudio de las humanas miserias, si no habíais de saber sobreponeros á ellas?

—Esto es buscar el peligro.

—Es arrastrarlo y esforzarse para vencerlo, para, de este modo, adquirir mayores méritos que presentar en la vida futura.

—Mas vos no sabéis, hermano, cuán terrible cosa es tener que estar luchando incesantemente sin tregua ni descanso, teniendo siempre ante los ojos al objeto de nuestra tentación, sin que jamás, ni de día ni de noche, la podamos separar de nuestra vista.

—Gran cantidad de ejemplos nos han dado nuestros predecesores en la vida del desierto, de tentaciones perennes é insidiosas, tentaciones que han vencido y que hasta en ocasiones han provocado.

—Eran varones grandes en santidad, á quienes sostenía Dios.

—Á todos nos sostiene Dios si con energía impetramos su sostén. Y menos peligrosa es para vos la tentación que lo era para aquellos santos varones, puesto que vos no os veis provocado, cual ellos, á pecado.

—Valiera más acaso que así fuese; que cuando

el enemigo presenta franco el combate es más fácil, opino, la defensa.

—Creedme, hermano: no huyáis dando muestras de cobardía; mostraos fuerte y confiad en Dios, quien, si durante cuatro días os ha ayudado, no os ha de abandonar en los que faltan. Luchad y procurad vencer: ya sabéis cuán grande es la recompensa que en la otra vida les espera á los que en ésta han sabido hacer frente á sus pasiones y vencerlas.

Tales frases, pronunciada por persona de tal edad y experiencia en la vida ascética, llevaron ánimos al atribulado espíritu de fray Juan.

Desistió de su propósito.

Lentamente, y elevando al Señor ardientes súplicas, volvió á la cueva.

Allí estaba perenne, siempre hermosa, siempre amable, la joven hija de los condes de Barcelona.

Verla y sentirse nuevamente dominado fué una misma cosa.

Otra vez tuvo miedo.

Resolvió, empero, seguir el consejo del anciano anacoreta.

Y luchó.

Terribles fueron los embates que tuvo que sufrir.

Á ellos oponía el solitario todas las armas de

que se puede disponer contra la tentación.

Oraciones, cilicios, ayunos, rudos ejercicios corporales, la señal de la cruz...

¡Ay! los ojos de Riquilda penetraban cada día más en el corazón del atribulado anacoreta.

Una noche, era la última que debía pasar la infanta en la cueva de fray Juan, desencadenóse en la montaña una horrenda tempestad.

Riquilda jamás viera un espectáculo tan imponente.

Estaba aterrada.

Cruzábanse los rayos ante sus ojos con una sucesión no interrumpida.

Acompañábalos el estampido del trueno, que entre aquellas innumerablos agrupaciones de peñascos retumbaban y se reproducían hasta lo infinito.

Habíase incorporado Riquilda en su mísero lecho, apoyando en el suelo la palma de la mano.

Con espantados ojos miraba los deslumbradores y fantásticos resplandores que los relámpagos producían.

Garín la contemplaba extasiado desde el ángulo de la cueva donde acostado estaba en el duro suelo.

Una lucha terrible sostenía en su interior.

La tormenta que en su pecho se desencadenaba era tanto ó más terrible que la que en torno suyo se desenvolvía.

Al fin sus labios se agitaron, y dijo con vacilante acento:

—Riquilda, hija mía, ¿tenéis miedo?

—¡Ay, sí; mucho!—exclamó la joven,

Púsose en pie el anacoreta y con indeciso paso adelantóse hacia ella.

—No temáis,—iba diciendo mientras á ella se aproximaba,—ya estoy yo aquí... ¿Queréis... que venga á vuestro lado?

—Sí, venid, acercaos, porque estoy aterrada.

En un segundo estuvo fray Garín de rodillas al lado de la infanta.

Cogió una de sus delicadas manos con su diestra y trató de calmarla atrayéndola á sí como un cariñoso padre lo hace con su tierna hija.

Mas de pronto la tímida Riquilda dejó escapar un grito desgarrador y cayó desvanecida en los brazos de Garín.

Un rayo acababa de atravesar por frente á la entrada misma de la cueva.

Y al mismo tiempo estallaba un trueno más fuerte, más prolongado, más aterrador que cuantos hasta aquel momento retumbaran sobre sus cabezas...





V

Paulatinamente había ido calmándose la tempestad.

Ráfagas de huracanado viento arrojaron las nubes hacia la costa, que desde allí parecía inmediata.

Brillaron las estrellas en el negro cielo.

El firmamento quedó completamente despejado.

Asimismo en un momento dejó de rugir la tormenta en el pecho de fray Juan Garin.

Después de haber estallado el rayo disipáronse las nubes que velaban su inteligencia.

Brilló la luz de la razón.

¡Ayl era demasiado tarde.

El rayo, al estallar, había producido una víctima.

¡Pobre Riquilda!

Flor hermosa, tronchada cuando apenas acababa de entreabrir sus pétalos.

Fray Garín estaba contemplándola abatida, desolada, tendida en su mísero lecho, ocultando entre sus manos el rostro, cuyos ojos habíanla atraído la desventura que lloraba.

Las lágrimas que ellos vertían eran el rocío que fecundaba y hacía nacer rápida en el pecho de fray Juan una flor.

La bellísima flor del arrepentimiento.

El peso de la culpa cayó sobre su corazón.

Anhelando aliviarse de él, salió de su cueva y corrió á llamar á la del anciano anacoreta.

No necesitó esforzarse para hacerse oír.

El anciano estaba despierto y en pie.

Hubiérase dicho que le estaba aguardando.

—¿Cómo, tan á deshora, venís á mi morada?— preguntóle con viva solicitud.

—¡Misericordia!—gritó fray Juan, cayendo de rodillas á sus pies.

El anciano se hizo vivamente atrás, exclamando:

—¿Qué es eso? ¿qué os sucede?

—Soy el más miserable de los hombres.

—¡Humilde siempre!...—dijo el anciano.

—¡Oh, no! no es humildad; es el crimen que acabo de cometer.

—¿Un crimen?

—Sí, un crimen horrendo, inconcebible.

—Explicaos, hermano, explicaos... Y ante todo sosegad el ánimo.

Sentóse al propio tiempo en un piedra que de sitial le servía, y atrayendo á fray Juan á sí, añadió con bondadoso acento:

—¿Decid: ¿qué falta cometisteis?

—Me he dejado vencer por la tentación.

—¿Caísteis?

—Sí, caí.

—¿Cuándo?

—Esta noche, ahora mismo.

—¿Dónde?

—En mi retiro: allí nace inanimada la inocente víctima de mi pecado.

—¿Muerta?

—¡No!—dijo con horror fray Juan.

El anciano repuso con glacial acento:

—¿Habéis pecado con ella, y la dejáis que viva? Fray Garín miró con extrañeza á su interlocutor.

—No os comprendo...—balbuceó.

—Oíd,—prosiguió el anciano bajando la voz:— el pecado oculto no es pecado más que á medias, y fácilmente puede alcanzarse su perdón. Mas no podrá quedar oculto si á su comisión sobrevive

quien ha sido objeto de él... Desaparezca vuestra víctima y ella se llevará á la tumba la mitad de vuestra culpa y tal vez toda. Seguiréis siendo santo y justo delante de los hombres...

—¿Y delante de Dios?

—Delante de Dios seréis culpable mientras no hayáis satisfecho por vuestro pecado. Pero la penitencia lo borra todo con el tiempo: recordad á Maria Magdalena y á Saulo, y á tantos y á tantas grandes criminales y pecadoras que con su arrepentimiento y penitencia consiguieron escalar el cielo, donde hoy gozan de la bienaventuranza eterna...

—Mas... ¿cómo la hago desaparecer?

El anciano se levantó y con grave acento contestó:

—Matadla, y luego cavaremos una fosa donde os ayudaré yo mismo á colocarla. Húmeda está hoy la tierra y no será difícil hacer desaparecer todo vestigio.

—Pero...—dijo fray Garín vacilando.

—¡Id!—dijole con seco é imperioso tono el ermitaño.

Y al mismo tiempo puso en sus manos un puñal, que Garín apretó nerviosamente.

—No os detengáis,—prosiguió el anciano;—la noche no es larga, y es menester que no vengan á

sorprendernos en nuestra faena los primeros albores del día. Id y despachad pronto.

Partió fray Garín con apresurado paso, y, temblando, penetró en la cueva.

Miró á donde yacía la infeliz Riquilda, y, precipitándose ciego sobre ella, clavóle con violencia el puñal en la garganta.

La hija de Wifredo dejó escapar un leve quejido.

Su cuerpo se estremeció cinco ó seis veces.

Á cada una de esas terribles convulsiones, brotaba de su herida un borbotón de sangre.

Aquella sangre abrasaba, al salir, la mano del asesino, que aguantaba el mango del puñal al mantenerlo apretado contra el suelo á través del cuello de su víctima.

Cuando ya no brotó más la sangre, cuando dejó ya de estremecerse aquel delicado cuerpo, incorporóse fray Garín y sacó el puñal de la herida.

Volvió el rostro, y á la entrada de la cueva vió dibujarse la silueta de un hombre.

Era su vecino.

Venía armado de un azadón y de una pala.

Y le dijo con singular acento:

—¿Terminasteis ya?

Por toda contestación, entregó el asesino el puñal y le enseñó su diestra mano toda teñida de sangre.

—Está bien: acabemos,—repuso el anciano.

Cogió también fray Juan la pala y el azadón, y, siguiendo á su vecino, fueron á algunos pasos fuera de la cueva.

Allí empezaron á cavar una profunda fosa.

Larga y fatigosa fué la tarea.

Fray Garín sentía correr el sudor á lo largo de su cuerpo, á pesar de que la noche era bastante fría.

Su compañero trabajaba sin pronunciar ni una sola palabra, de prisa, de prisa... más, mucho más de prisa que él.

Cuando la fosa estuvo terminada, penetraron ambos en la cueva, y cogiendo entre los dos el inanimado cuerpo de Riquilda, lo fueron á depositar en ella.

Momentos después estaba completamente lleno de nuevo el hoyo abierto.

Ni vestigio quedaba de su obra.

—¿Cómo podré bastante agradeceros el servicio que en esta terrible noche me acabáis de prestar? —dijo fray Juan, cuando ya se hubieron hecho desaparecer todas las huellas de su doble crimen.

—Pagado estoy,—contestó el anciano.—¿Qué mejor paga puedes darme que tu derrota?

Singular efecto produjeron en Garín estas palabras, y levantó la cabeza para fijar sus ojos en su interlocutor.

Miró y sintióse poseído de inconcebible terror. El hombre de venerable aspecto había desaparecido.

En su lugar aparecía un ser de figura extraña é indescriptible, cuyos labios entreabría burlona sonrisa, cuyos ojos despedían siniestro fulgor.

—¿Quién sois vos?—preguntóle al fin fray Juan fuera de sí y sospechando ya la cruel realidad.

—¿No me conoces? Soy tu enemigo mortal, que te he vencido abismándote en la deshonra y en el crimen... ¡Necio! ¿Cómo pudiste creer tuvieses valor tan extraordinario, que te permitiese luchar contra la tentación teniéndola constantemente á tu lado? Tu misma vanidad ha hecho que dieses fe á mis palabras, y luego la vergüenza y el orgullo te han arrastrado velozmente de uno á otro precipicio. Hoy estás irremisiblemente perdido; eres mío, completamente mío. No esperes en Dios; inútil será que le busques y le invoques; tu crimen no tiene perdón.

Fray Juan escuchaba con la cabeza caída sobre el pecho las terribles frases del espíritu del mal.

Estaba aterrado.

Cuando dejaron de sonar en sus oídos aquellos fatídicos acentos, alzó la cabeza el anacoreta y miró en torno suyo.

Estaba solo.

¡Solo! No, no estaba solo: el enemigo de su alma

al desaparecer le había dejado en compañía de sus remordimientos y de su desesperación.

Cuando á la mañana del siguiente día subió á la montaña en busca de su hija, el conde Wifredo encontró vacía la cueva.

En vano buscaron él y los suyos por todos los ámbitos de la montaña.

Imposible fué de todo punto encontrar ni huellas ni indicios siquiera que pudieran dar alguna luz sobre el paradero de la infanta y del anacoreta.

Uno y otra habían desaparecido.

¿Qué había sido de ellos?

¿Acaso habían sido pasto de alguna fiera, que en aquella noche de tormenta hubiese abandonado su guarida?

Contribuían á afirmar esta sospecha las manchas y el charco de sangre que aparecían en el interior de la cueva y especialmente en el lecho que estaba destinado á Riquilda.

¡Desdichados!

No hay que decir si fué grande la angustia de todos.

Muy adelantada estaba la tarde cuando la señorial comitiva abandonaba los riscos del Montserrat



Cayó desvanecida en los brazos de Garín (Pág. 39).

y tomaba triste y silenciosa el camino de Barcelona.

VI

Á solas con su amargura, sus culpas y su remordimiento quedó fray Juan Garín al desaparecer de su vista el infernal autor de la perdición de su alma.

Triste, aun cuando á la sazón serena, era la noche, como si quisiera participar de la sombría tristeza del alma del eremita.

Elevó éste los ojos al cielo, cual si en él buscara un punto desde el cual descender pudiera la luz al fondo de su alma abismada en las tinieblas del pecado.

Con tal insistencia mantuvo su mirada, que al fin las lágrimas vinieron á humedecer sus párpados.



Era el arrepentimiento que descendía á su corazón.

Convirtiéronse aquellas primeras lágrimas en abundante llanto, muestra de la compunción y dolor que sentía por sus crímenes.

Postrado cayó de hinojos, y con la cara contra aquella misma tierra que guardaba á la víctima de su maldad.

Al fin llegaron á agitarse sus labios, y de ellos brotaron fervientes súplicas dirigidas al Eterno en demanda de misericordia.

—¿La alcanzaría?

Grandes eran sus pecados; grande debía ser la penitencia á que para redimirlos tenía que sujetarse.

Mas ¿cuál debía ser esta penitencia?

¿Quién se la impondría?

¿Á quién se atrevería él, el santo anacoreta, á ir á levantar el velo que ocultaba la podredumbre de su alma?

Frases entrecortadas, mezcladas con sollozos, brotaban de sus labios.

Confundidas salían de ellos palabras de temor, de esperanza, de súplica y de terror.

De pronto guardó silencio durante unos instantes y, como inspirado por una inteligencia sobrehumana, murmuró:

—¡Oh tú, inocente víctima de mi maldad! Bien

sabes que ha sido el espíritu del mal quien me ha engañado, inspirándome una orgullosa confianza en mi valor y en mi virtud. Bien sabes las terribles luchas que en mi corazón y en mi mente he sostenido antes de ceder á la cruel tentación que me ha perdido. Inocente soy, por más que culpable aparezca: no he sido yo, sino el espíritu de las tinieblas quien, encarnado en mí, ha obrado. Mas yo quedo con la mancha de mi doble crimen y, ante la divina justicia, de él soy responsable. ¡Oh Riquilda! Pídele á Dios, ante quien hallarte debes, que de mí se apiade y me inspire. Yo no puedo aquilatar la inmensidad de mis pecados ni señalar á cuánto asciende mi deuda. Tú ves mi arrepentimiento y mi pesar; pídele tú, ya que yo soy tan indigno de pedirselo, pídele que haga penetrar en mi mente un rayo de su divina luz...

De esta suerte seguía expresándose el infortunado anacoreta.

Y su cara no se despegaba de la humedecida tierra y sus cruzadas manos manteníanse fuertemente asidas alrededor de su cabeza.

Parecía cual si á través de la espesa capa de tierra que cubría el cuerpo de su víctima, la viera y estuviese en comunicación con ella.

En tal postura se mantuvo hasta que, allá en el oriente, comenzaron á vislumbrarse los primeros anuncios del alba.

Aquella tenue claridad hizo estremecer todo el cuerpo del anacoreta.

Una idea acababa de cruzar por su mente.

El día cuya proximidad anunciaban los inseguros resplandores del alba era el último de los señalados para tener en su compañía á la hija de los condes de Barcelona.

Dentro de algunas horas debía subir Wifredo á aquel paraje en busca de la inocente Riquilda.

¿Qué le podría contestar cuando por ella le preguntase?

Este pensamiento le causó miedo y le hizo abandonar vivamente su humilde postura.

Con azorados ojos miró á todos lados, cual si temiese la presencia de algún ser humano en torno suyo.

Miró al fondo de su gruta, plegó los brazos sobre el pecho, dirigió prolongada mirada al pedazo de tierra que ocultaba la prueba de su doble crimen y, después de murmurar breve plegaria y hacer la señal de la cruz, abandonó rápido aquel paraje.

¿Á dónde iba á dirigir sus pasos?

Henchido de dolor el corazón, caminando por los senderos más extraviados, acaso de él únicamente conocidos, se fué alejando, lentó el paso, caida sobre el pecho la cabeza y oculto por el capuchón el desencajado rostro.

Cuando Wifredo subía la montaña en busca de la hija que no debía encontrar, fray Juan Garín se hallaba ya lejos, muy lejos de las montañas de Montserrat.

Por valles y colinas, á través de campos y de bosques, vadeando arroyos y trasponiendo montañas, siguió fray Juan Garín alejándose sin cesar del lugar que fuera teatro de sus crímenes.

¿Á dónde iba?

Dios, que viera las angustias y el arrepentimiento de su siervo, habíale inspirado una idea salvadora.

Allá en el centro de la península que el Adriático y el Mediterráneo bañan, se levanta una ciudad, santificada desde que en sus circos derramaron su generosa sangre los heroicos mártires del cristianismo.

Y en aquella ciudad tiene su morada un hombre que ejerce el más alto poder que en este suelo existe, el de Vicario de Jesucristo en la tierra.

Este hombre, sucesor de Pedro, tiene el poder de atar y desatar, tiene el poder de castigar y perdonar: poder heredado de sus antecesores, poder comedido por el mismo Jesucristo, Hijo de Dios, al primer pontífice, á Pedro.

Fray Garín se encaminaba á la ciudad santa para ir á exponerle al santo Pontífice la historia de su terrible caída; para impetrar de él que interpusiera

su valimiento cerca del Altísimo, á fin de que pudiese lograr verla perdonada.

¿Era ésta la idea salvadora que había concebido mientras permanecía de hinojos encima de la tumba de su víctima?

¿Era á esta misma inocente víctima á quien tal pensamiento debía?

Inexcrutables son los misterios de la divina misericordia, como lo son los caminos por donde á nosotros llega.

Después de la culpa la desesperación.

Tras la desesperación un rayo de divina luz.

En pos de este rayo de luz, la esperanza.

¡Ay! ¿qué sería de nosotros si la esperanza no viniera á alentarnos en medio de nuestros desfallecimientos?

Y esta esperanza, habíala concebido Garín inclinado sobre aquella porción de húmeda tierra que cubría el cuerpo de la desdichada Riquilda.

Sobre aquella tumba que había sido abierta y cerrada luego por la mano del culpable y por la del infernal espíritu que á la culpa le indujera...



VII

Muchos días, muchas semanas anduvo Garín, padeciendo hambre, sed y fatiga.

Mendigaba el sustento que necesitaba llevar á su boca.

Dormía á la intemperie ó cuando más sobre miserable montón de paja.

Hacía pesadamente sus jornadas, sin que en su marcha le contuvieran ni los ardores del sol ni las humedades de la noche, ni el fuerte vendabal que su paso retardaba, ni la fuerte lluvia que azotaba su rostro y empapaba en agua sus pies.

Al fin, tras larga y penosísima peregrinación, llegó á una de las puertas de la anhelada Roma.

Ocupaba á la sazón el solio pontificio Esteban V, y á su palacio dirigióse sin detenerse el peregrino, en demanda de audiencia.

Benévolo le acogió el padre común de los fieles.

Humildemente se arrojó el anacoreta á sus plantas, y le besó los pies, regándolos con abundantes lágrimas.

Entre profundos y ardientes suspiros rogóle se dignase oírle en confesión.

Accedió el Pontífice, ante la compunción de que estaba poseído el penitente.

Y después que le hubo oído, á pesar de la enormidad del pecado que le denunciaba, adivinando la gran santidad que el Señor tenía preparada en él, le absolvió.

Acaso recordó que su divino Maestro, que Aquél cuyo representante era en la tierra, le había dado el ejemplo absolviendo á María Magdalena.

Mas en penitencia de sus pecados le ordenó que, de rodillas por el suelo y andando á gatas ó á cuatro pies, tomase de nuevo el camino de su cueva.

Y que, pues como bestia salvaje había procedido en el pecar, sin levantar el rostro ni los ojos al cielo, viviese de esta suerte pasando sus días como tal bestia salvaje y purgando sus culpas, hasta que un infántico de cuatro ó cinco meses le hablase y le hiciese saber que Dios había confirmado en el

Cielo la absolución que su Vicario acababa de darle en la tierra.

Dura, muy dura era la penitencia.

Pero grandes, muy grandes eran sus culpas, y el anacoreta la aceptó con santa humildad.

Sintiendo que con ella se le aliviaba el espíritu, salió de Roma, para regresar á su cueva, en la forma que el soberano Pontífice le ordenara.

Muchos meses empleó fray Juan en el camino.

Aquel modo de andar, nuevo para él, no le permitía adelantar mucho, antes bien le retardaba.

Mas como todo lo puede y realiza quien en Dios confía y con su auxilio cuenta, llegó un día en que divisó de nuevo la entrada de su cueva.

¡Con cuánto placer penetró en ella y reposó de sus fatigas!

¡Cuán fervientes gracias dió al Señor por haberle permitido volver purificado á aquellos parajes de donde saliera agobiado por la culpa!

Siete años permaneció allí, continuando en aquella áspera soledad la vida de penitencia que le había sido impuesta.

Vida de humildad, de pobreza y de mortificaciones, sustentando su cuerpo y sus fatigados miembros únicamente con raíces de yerbas y con bellotas.

¡Cuántas veces sorbían sus labios como única y saludable bebida las lágrimas que á raudales se

desprendían de sus ojos siempre que, con vergüenza, recordaba los grandes pecados que en aquel recinto cometiera!

Y ¡cuántas veces sentíase desfallecer cuando al ir á levantar sus ojos hacia el cielo recordaba la orden que se lo tenía prohibido!

¡Ay! ¡tener el cielo sobre su cabeza y no poder extasiarse contemplándolo!

¡Terrible, pero merecida penitencia!

Mas la misericordia del Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que viva y se convierta, le reanimaba.

Siete años transcurrieron de esta suerte.

Poco á poco fué adquiriendo su piel un color oscuro muy subido, merced á la sucesiva acción del frio en el invierno y del sol en el verano.

Alejado del trato de las gentes, habíansele ido destrozando sus vestiduras.

La húmeda influencia de la luna, el sereno de las noches y el rocío de las mañanas, unidos á la poca comida y peor bebida, desecaron sus carnes y cubrieron todo su cuerpo de un tupido vello.

Tenía, en suma, todo el aspecto de un salvaje.

Aconteció, por entonces, que el conde Wifredo dispuso una de sus acostumbradas partidas de caza.

No se trataba de cazar liebres, ni venados.

Tratábase de ir á caza de fieras, diversión en todos tiempos favorita de los grandes y poderosos.

Habíasele dicho que las había en abundancia en la montaña de Montserrat.

Parece ser que por ser tan solitaria, áspera y espaciosa, las albergaba en abundancia.

Y afirmábase que con frecuencia bajaban á beber en las aguas del Llobregat.

Tomó pues el conde la orilla del río y siguiendo su curso hacia arriba acampó con sus cazadores en las laderas de la que próximamente debía ser célebre montaña.

Alli quedó esperándolas, después que hubo mandado á sus cazadores y monteros que subiesen á lo más escabroso de la montaña, y soltasen los perros para ver si lograban atraerlas hacia aquella parte.

Así se hizo.

Lanzáronse los perros en todas direcciones y no tardaron algunos de éstos en dar con la cueva donde estaba fray Garín cumpliendo su áspera penitencia.

Fueron á penetrar en ella, pero retrocedieron como asustados.

Estaba de tal manera cubierto de largas motas de vello el penitente, por todas las partes de su cuerpo, que era punto menos que imposible reconocer en él á un ser humano.

Empezaron á dar fuertes ladridos los perros, mas sin decidirse á pasar adelante.

Á sus gritos acudieron presurosos algunos monteros.

Su admiración fué grande á la vista de aquella especie de salvaje.

Y como no conocían especie alguna de fiera que se le pareciese, permanecieron unos momentos vacilantes.

Mandóse aviso al conde del descubrimiento que se había hecho.

—Apoderaos de ese animal como mejor podáis, y traédmelo,—ordenóles.

Y los monteros, si bien algo temerosos, se decidieron á penetrar en la cueva.

Nada les dijo el penitente.

Tenía fija en ellos la mirada, pero sus labios no se despegaban, ni hacía movimiento alguno.

Unos á otros se empujaban hacia adelante, no osando querer ninguno ser el primero en echarle encima la mano.

Mas cuando al fin llegaron á convencerse de que se trataba de un ser inofensivo ó cuando menos muy manso, cobraron ánimos y se precipitaron hacia él.

Echáronle desde luego una soga al cuello y de esta suerte le sacaron fuera de la cueva.

El humilde penitente se dejó conducir resignado.

No pudo empero abandonar aquella cueva que

durante tantos años le sirviera de morada sin dirigir á ella una triste mirada de despedida.

Y al pasar por encima del lugar que guardaba el secreto de su pasada historia, sintió en su corazón un pesar profundo.

Cada vez más asombrados de la docilidad de aquel ser que sin resistencia alguna les seguía, descendieron de la montaña los monteros y le condujeron á la presencia de su señor.

De todas partes acudió gente á admirar aquel raro fenómeno.

Hacíanse todos lenguas de él.

Y el conde quedó tan encantado de aquella rara adquisición, que sin preocuparse más de las fieras ni de la proyectada cacería, se fué con aquella muy contento hacia su palacio de Barcelona.

Y así, por providencial disposición, fué hospedado fray Juan Garín en la morada de los padres de la que fuera su víctima y, acaso, su intercesora cerca del Señor.



VIII

Por aquellos tiempos, sin que podamos precisar la época, pues en ella andan algo discordes los historiadores y cronistas (1), un hecho singular había venido á desarrollarse en la montaña que fuera teatro de los acontecimientos que llevamos relatados.

La noticia rápidamente propalada del hallazgo

(1) Mientras unos señalan la fecha de 880, como época positiva del acontecimiento que vamos á relatar, otros autores, y entre ellos Pujades, á quien preferentemente seguimos en este libro, lo señala como acaecido durante la permanencia de fray Juan Garín en Barcelona.

de aquel raro ser que á Barcelona se trajera el conde Wifredo, excitó la general curiosidad.

Todos querían ir y muchos iban á visitar la cueva donde había sido encontrado.

Como en todas las ocasiones, abundaban entre los curiosos los muchachos.

Algunos de éstos que cuidaban de apacentar unas cuantas pequeñas reses, adquirieron la costumbre de encaminarlas cada día por aquellos sitios.

Lo apacible de la época del año en que lo referido aconteciera, convidábales á permanecer entre aquellos riscos hasta última hora de la tarde.

Y en ciertos días tal se entretenían jugando y corriendo por allá, que llegaban á sorprenderles en la montaña las primeras sombras de la noche.

Ocurrió en cierta ocasión, un sábado precisamente, que, como se hubiesen retardado más de lo habitual, vieron un fenómeno extraordinario.

A una cueva de la montaña, situada en el lado que mira al oriente, vieron descender del cielo unos resplandores semejando á velas ó luces de cera que despedían suma claridad.

Oyeron después gran melodía de suavísimos cantares y concertada música.

Parecía como que, siguiendo á las luces, penetrase con ellas en la misma cueva.

Descubriase ésta bajo unas grandes rocas y peñascos, que venían á dar hacia donde se halla situada la capilla de San Miguel.

Sorprendió á los muchachos este singular fenómeno, mas no fué mucha la importancia que le dieron.

Ni de él más se habrían acordado á no haberlo visto repetir al sábado siguiente á la misma hora del sábado anterior.

Y más les llamó la atención, cuando pudieron observar que se reproducía en los sábados sucesivos.

Ya en tales circunstancias, comenzaron los muchachos á referir el caso en la casa de sus padres ó amos respectivos.

Tomóse á cuento la historia.

Mas ya tanto y con tanta seguridad lo afirmaban los muchachos, que al fin hubo quienes se decidieran á cerciorarse de la verdad del caso.

Fueron en efecto algunos sábados, acompañando á los pequeños pastores, y situándose con ellos en los sitios desde donde solían ellos ver aquella maravillosa aparición.

A la mañana siguiente, algunos vecinos del inmediato pueblo de Monistrol se presentaban al rector y le decían:

—Señor, en la montaña hay un milagro.

—¿Milagro decís?—hizo el buen cura, mirándoles entre dudoso y extrañado.

—Cada sábado aparecen unas luces y se oye una música.

—Luces y música pueden haber en la montaña sin que sea cosa milagrosa.

—Es que bajan del cielo,—objetaron los buenos de sus parroquianos.

Y le refirieron sucintamente cuanto ya de boca en boca circulaba.

—Algo de esto he oído referir,—dijoles el rector; —mas bien pudiera ser travesura de muchachos ó alucinación de los sentidos.

—De lo segundo no disputaremos, señor cura, porque no tenemos el saber suficiente; pero lo que es en cuanto á lo otro, no pueden muchachos hacer tan milagrosas travesuras.

Quedó unos instantes pensativo el sacerdote, y al fin les dijo:

—Bien; ¿habéis dicho que esto sucede cada sábado?

—Cada sábado, señor cura, cuando anochece.

—Entonces para verlo hay que aguardar á que llegue este día.

—Sin duda.

—¿Quién irá conmigo á la montaña el sábado que entra?

—Todos, señor cura.

—Hasta el sábado pues,—repuso el cura;—y mientras tanto no se hable de ello, que no resultase luego haber tomado por cosa extraordinaria un hecho tal vez vulgar ó ilusorio.

Al sábado siguiente fué numerosa la comitiva que con el señor rector de Monistrol subió á la montaña á la caída de la tarde.

El hecho se reprodujo exactamente como los sábados anteriores.

Mas no se dió por convencido el prudente sacerdote hasta que por cuatro veces consecutivas lo hubo presenciado.

En los días que mediaban de uno á otro sábado elevaba al señor fervorosas oraciones, rogándole se dignase iluminar su inteligencia para no hacerle caer en error.

Mas tuvo que confesar que no se habían engañado sus sentidos.

Deseando mayor convencimiento pretendió llegarse al sitio de donde aquellos resplandores y aquella música partían. Pero no le fué posible.

Entonces el buen cura, juzgando ser aquella cosa celestial, y que no era él suficientemente digno de descifrar tan asombroso enigma, fué á comunicárselo todo al obispo de Manresa (1), que era su superior jerárquico.

(1) Otro punto muy debatido por los historiadores es el relativo á si Manresa tuvo ó no obispo; consta, empero,

Escuchóle el prelado con la atención que el caso requería, y siendo el cura hombre para él de recto criterio, decidió á su vez ir á comprobar por sí mismo la realidad del suceso.

Así lo efectuó, llevando consigo lucido acompañamiento de clérigos y caballeros.

Y llegado el sábado inmediato, reprodujose á la vista de tan escogida comitiva lo que antes delante de los sencillos pastorcillos.

Era la hora de la oración cuando principió la aparición, y duró hasta la media noche, cesando en aquel punto la música y las voces, y extinguiéndose insensiblemente los resplandores de las luces.

General fué la admiración, y mayor aún el gozo de que se vieron todos los ánimos inundados.

Amanecido el siguiente día, dispuso el obispo que á toda costa se buscase el lugar donde tales maravillas se realizaban.

Tarea difícil fué el conseguirlo, pues no era cosa muy hacedera el llegar á tal paraje.

por la misma historia religiosa de nuestro principado de Cataluña, que los obispos de Vich se titulaban obispos de Vich y de Manresa, y que hubo una larga época en que, acaso para estar al abrigo de los moros, dichos prelados tuvieron su sede en la ciudad de Manresa.

Mas logróse al fin, y cuando con gran trabajo allí se pudo llegar, vióse en el centro de la cueva



¿Quién sois vos? (Página 47)

una imagen ó estatua de la Virgen sin mancilla.

Refiere la crónica que eran tales los aromas y perfumes que en el interior de la cueva se percibían

y de ella al exterior se escapaban, que no era posible dieran tan suave olor todos los perfumes terrenales reunidos.

Mandó el obispo que se trajesen allí los cirios y hachas de la Iglesia de Monistrol.

Subió con las luces y con devoción suma á la cueva y postrado de rodillas oró en acción de gracias por tal descubrimiento, entonando en alta voz la *Salve*.

Tomó luego con gran veneración la imagen en sus manos y salió con ella de la cueva.

Era su intento llevársela y enriquecer con ella á su iglesia de Manresa.

Mas en cuanto llegó al punto que ocupa la iglesia vieja del Monasterio, no pudo pasar adelante ni volver atrás, ni mover de aquel lugar la santa imagen.

No le fué difícil al prelado comprender lo que tal prodigio significaba.

Dejóse caer de rodillas ante la santa imagen y tras buen rato de piadosa oración, hizo voto de mandar levantar en aquel mismo sitio un templo, donde en lo sucesivo se la pudiera venerar.

Como desde luego recobrase su anterior ligereza, trasportóla en sus brazos el prelado á la capilla de San Acisclo, donde se la empezó á venerar públicamente.

Y juzgando suficientemente explicado este suceso, reanudemos la historia de fray Juan Garin, que por unos instantes hemos creído deber interrumpir.



IX

Gran fiesta se celebraba en el palacio de Vall-
daura.

La condesa Gunedilda había dado á luz, hacía
cosa de tres meses, un precioso niño.

No era el único hijo varón, pues tenían ya otro
que fué el sucesor de Wifredo en el condado de
Barcelona y se llamaba Suñer.

Mas la principal razón del gozo con que fué re-
cibida la venida al mundo de este nuevo vástago
fué otra asaz distinta.

Desde la desaparición de su amada hija Riquil-
da, no les había vuelto á dispensar el Cielo el don
de nuevo fruto de bendición.

Por esto fué este acogido con general regocijo, del cual participaban igualmente señores y vasallos; aquellos por la razón antes citada, éstos porque con este nacimiento de varón veían más asegurada la sucesión de sus condes propios.

Cuando la condesa se encontró restablecida, quiso el conde, su marido, solemnizar tan fausto acontecimiento.

Mucho tiempo había transcurrido desde el día en que, por un hecho providencial, fuera fray Juan á residir en la morada de Wifredo.

Habíasele destinado una habitación ó local en los bajos del palacio.

Tratado como un ser raro y salvaje, los cuidados que se le tenían apenas si se diferenciaban de los tenidos con otro cualquiera de los irracionales que cerca de él se encontraban.

Separado empero se le había, porque, como le juzgase un ejemplar raro, encomendaba el conde á sus criados que le cuidasen bien.

Si hemos de creer lo que dicen autores de reconocida competencia, el local que ocupaba hallábase situado á la izquierda, debajo de la escalera, y en el ángulo que formaba el palacio.

Todavía recordamos haber visto, cuando niños, una ventana que, según la tradición, era la que daba luz al mencionado local.

Allí pasaba sus días el infeliz anacoreta, siendo

objeto de curiosidad y de burlas, inclinados al suelo los ojos y la cabeza, y ofreciendo constantemente á Dios sus sufrimientos y humillaciones á buena cuenta de la enormidad de su doble falta.

Y era mayor su resignación, cuando consideraba que, si algún cuidado se le tenía, debíalo agradecer precisamente al hombre á quien más cruelmente ofendiera.

Gran número de barones y caballeros de su estado y corte habian acudido á la invitación del conde de Barcelona.

Animado estuvo el festin.

Wifredo y Gunedilda lo presidian.

Damas y caballeros rodeaban la bien servida mesa.

En un ángulo de ella hallábase sentada, alternando entre los invitados, una mujer del pueblo que tenía en su regazo una tiernecita criatura.

Era esta criatura el hijo que tres meses antes les enviara Dios á los condes.

Aquella mujer era su ama.

Reciente la aparición de la santa imagen de la Virgen en Montserrat, de ella se trabó conversación en la mesa, cuando estaban ya hacia el final de la comida.

—Dícese que tiene morena la tez,—observó una de las damás.

—Pero es de hermosura singular,—agregó otra.

—Circunstancia que prueba,—añadió un caballero,—que no influye el color de la tez en la hermosura del semblante.

—Pero, que la santa Madre de Dios sea morena, cuando siempre la hemos visto blanca...—objetó otro.

—*Nigra sum sed formosa*,—dijo interviniendo en la conversación el prelado que asimismo en el banquete tomara parte:—así lo dice ella misma en su cántico que entona al ir á visitar á su parienta santa Elisabet; «Soy negra, pero también soy hermosa.»

—¿Cómo, pues, se han complacido los artistas en pintárnosla blanca?

No contestó el prelado, por más que perfectamente habría podido efectuarlo, porque en aquel momento otro de los comensales había dirigido al conde estas palabras:

—Dijéronme que cazasteis por allá á un animal raro.

—Muy raro es, en verdad,—contestó el conde,—de suerte que no es fácil acertar la especie á que pertenece.

—¿Le conserváis todavía?

—¡Ya lo creo! Como que por nada quisiera desprenderme de él.

—¿Es feroz?—preguntó una dama.

—Manso es como un cordero, y sin su mudez, su andar á gatas y las guedejas de pelo que todo su cuerpo cubren, dijérase más bien ser humano que irracional.

—Será tal vez, algún etiope venido, Dios sabe como, á nuestras tierras.

—¿Quisierais hacérselo ver?

—¿Cómo no?

Y sin demora dió orden á un criado de que á aquella sala condujeran al salvaje.

Poco tardó en quedar cumplida su orden.

Conducido el penitente tenido por salvaje con una soga al cuello, contempláronle en un principio con recelo los comensales del conde.

Mas cuando pudieron convencerse de que era realmente un ser inofensivo, los de la mesa le echaron algunos pedazos de pan y le trataron como irracional.

Aceptaba y llevábase á la boca el anacoreta los restos ó pedazos de comida que los comensales le arrojaban, y todos encomiaron su mansedumbre, al propio tiempo que ponderaban lo raro de su figura.

Gozábase el conde con la admiración de damas y caballeros ante aquel que ellos conceptuaban raro fenómeno, ó más bien rarísimo ejemplar de una casta de animales desconocidos en aquellas tierras.

En esto un suceso singular vino á distraer la general atención, ó á fijarla más bien mejor en el penitente.

El ama, siempre solícita al tierno infante que la estaba confiado, notó con extrañeza que, desde la aparición del penitente en la sala, no había cesado de agitarse.

Miróle y notó que tenía fijos los ojos en fray Garín, y que hacia él parecía tender sus manecitas.

—Ved, señora,—le dijo á la condesa,—con qué afán mira vuestro hijito á ese animal raro.

—Llévale á que de cerca le vea,—contestóle Gunedilda.

Abandonó por lo tanto el ama el sitio que ocupaba, y deseosa también ella de darle gusto, aproximóse á donde estaba en su humilde postura el penitente.

Cuando cerca de éste estuvo, agachóse un poco, á fin de que el tierno infantito le pudiera tocar.

Así lo hizo el tierno hijo de Wifredo y Gunedilda.

Mas en el momento mismo en que sobre la cabeza del penitente imponía sus manecitas, díjole con angelical y entera voz:

—Levántate Juan Garín, que Dios ha perdonado tus pecados.

Una exclamación de sorpresa brotó de todos los labios ante aquel milagroso caso.

Todos los comensales abandonaron sus asientos para correr á agruparse al rededor del pequeño grupo formado por el penitente, el ama y el infante.

Mas creció de punto su sorpresa cuando vieron al que conceptuaban animal salvaje, alzar al cielo los ojos, plegar las manos y, abandonando su humilde postura, ponerse en pie.

—¡Garín!—exclamaron á un tiempo el conde y la condesa.

—Sí,—contestó éste adelantándose hacia ellos.

Y cayendo de rodillas ante Wifredo, añadió:

—Garín soy, y en poder vuestro me hallo, Así Dios lo ha querido, y á él bendigo que me ha declarado libre de pecado en vuestra propia casa, delante de vosotros á quienes de tan cruel manera hice sufrir.

Y humilde y comedido refirióles su crimen y la penitencia que por él había hecho, y terminó luego:

—Tengo ya el perdón del cielo; no otro era mi anhelo y lo tengo logrado: ¡bendito sea Dios que al fin de mí se apiadó! Á vos os toca ahora imponerme el castigo á que me juzguéis acreedor: sea cual fuere, muy justo será y merecido, y besaré la mano que me lo impondrá.

—Si Dios te ha perdonado, —contestó el conde vivamente conmovido,—¿qué otra cosa puedo hacer yo, sino seguir su ejemplo? Así se apiade de nosotros el Señor, en su nombre te perdono también yo.

Y al tener noticia de lo acaecido en la morada veraniega de los condes, nadie sabía hablar de otra cosa.

—Teníasele por un animal salvaje,—decían unos,—y ha resultado ser un hombre como los demás.

—Dicen que ha manifestado saber el paradero de la infanta.

—Y que ha confesado que él la mató.

—¡Qué indignidad!

—Le matarán también á él.

—Pues parece que no lo harán.

—No será porque no lo merezca.

—El conde le ha perdonado.

—¿Por qué le perdonará siendo culpable?

—Ha hecho mucha penitencia.

—Pero mató á la infanta, y quien á hierro mata...

—¿Qué sabes tú de esas cosas? ¿Habría de matarle el señor conde después que le había perdonado Dios?

—También perdona Dios á los que van á ajusticiar, y sin embargo el señor conde no los perdona.

—Es que á esos no se lo dice Dios tan claramente y por medio de un milagro, como lo ha hecho con el penitente.

—Razón tendrás; pero yo no me contentara con eso, sino que le aplicaría una penitencia...

—¿Qué más penitencia que andar á gatas desde la misma Roma hasta su cueva y desde la cueva á

Barcelona, y vivir como una bestia y dejarse tratar lo mismo que un irracional?

Estos y otros parecidos eran los temas de las conversaciones de la mayoría de los vecinos de la ciudad condal.

Y no menor fué la excitación que produjo en todos los puntos á donde llegó la noticia del prodigio.

Entretanto el conde Wifredo había dispuesto que fuese aliñado el penitente y se le proveyese de las ropas que necesarias le fueran para cubrir su desnudez.

Cuando, ya transformado, volvió el anacoreta á comparecer á la presencia de Wifredo, éste quedó sorprendido.

—Imposible parece,—exclamó,—que hubiéramos podido confundirte con una bestia.

—Señor,—contestóle fray Juan,—Dios es grande y previsor en todas sus obras, y Él ha querido que á vuestra casa viniese yo, por inconcebibles vías, á buscar el perdón que tanto ansiaba. Y ved si á Dios' debo estarle reconocido, que á un mismo tiempo ha hecho caer sobre mi cabeza, como benéfico rocío, dos perdones en lugar de uno solo á que yo aspiraba. ¿Por qué me perdonasteis vos, señor, pudiendo vengar en mí el mal que os hice?

—¿Puedo acaso alcanzar algún provecho de tu castigo? ¡Vengarme! Mi venganza no ha de volver



á la vida á la que hace tantos años dejó de existir.

Hondo suspiro lanzó el anacoreta, y suspirando igualmente apenado el conde, prosiguió:

—El Papa te impuso una penitencia para satisfacción de tu pecado: si yo, ya que de tal suerte persistes en tu idea, te dirigiese una súplica, me la atenderías?

—Súplica, señor, vos á mí? Mandatos han de ser siempre vuestras súplicas. Decidme qué debo hacer, y tenedlo por hecho desde este instante mismo.

—La penitencia ha de haber purificado tu alma; hoy creo que eres el mismo santo varón de aquel aciago y á la par aventurado día en que te conocí. Pídate, pues, que eleves al Señor cada día desde hoy tus oraciones á la memoria de mi hija...

—¡Oh, señor! Siete años consecutivos he orado por ella cada día sobre su tumba.

—¡Qué dices! —interrumpióle vivamente el conde:—¿sobre su tumba has orado cada día?

—Y mis lágrimas la han regado sin cesar.

—¿Entonces podría verla yo?

—Si el tiempo no ha consumido su cuerpo, verla podéis, señor, siempre que os plazca.

—¿Enterrada se halla en Montserrat?

—Junto á la cueva misma que me ha servido de morada desde que llegué á aquellas montañas.

—¿Me guiarás allá?

—Cuándo os plazca.

—Y la conduciremos á Barcelona, para darle aquí más honrosa sepultura.



—Levántate, Juan Garín... (Pág. 80)

Repitió fray Juan Garín su asentimiento, y humedecidos de lágrimas los ojos se separaron.

Á la mañana del siguiente día, salía de Barcelona una reducida pero brillante comitiva.

Formaban parte de ella el conde Wifredo, el obispo y fray Juan Garin.

Había perdido éste ya todas sus anteriores apariencias de salvaje.

Nuevamente cubría su cuerpo el burdo sayal del ermitaño.

La comitiva tomó el camino del Montserrat.

Á medida que iban ascendiendo por él, una nube de tristeza iba invadiendo á la par las facciones del conde y del anacoreta.

Tristes eran en realidad los pensamientos que á ambos les tenían la mente embargada.

Uno y otro iban dentro de poco á encontrarse frente á un cadáver; mas ¡con cuán distintos sentimientos se disponían á la ruda impresión que su vista debía producirles!

Para el conde, la vista de los restos de un ser querido, por él mismo conducido al lugar donde iba á perecer, entregado por él mismo al hombre que debía convertirse por infernal sugestión en su verdugo.

Y aquel hombre se había opuesto á admitir el depósito que él se empeñó en confiarle, y para que al fin se decidiese, tuvo que recurrir hasta á su autoridad de señor y dueño.

De suerte que, con haber sido el penitente quien el crimen cometiera, el verdadero, el único cau-

sante de la muerte de su hija, era él mismo, su propio padre.

¿Cómo le sería dable resistir la vista de la inocente víctima que él mismo había conducido al sacrificio?

Para el anacoreta eran asaz distintos los motivos de su tristeza.

No temía la vista de los restos de Riquilda.

Pensaba en el nuevo motivo de purificación y prueba que el señor le preparaba, disponiéndose á ponerle frente á la inocente víctima de su culpa tan severamente purgada.

—Su vista,—se decía,—renovará en mí el dolor de mis faltas, y me moverá á continuar con nuevo vigor la vida de penitencia que he de seguir llevando hasta el último de mis días...

En estos y otros pensamientos respectivamente embebidos, llegaron Wifredo y fray Juan Garín á la capilla de S. Acisclo, donde seguía venerándose con ardiente devoción la recientemente descubierta imagen de la Virgen sin mancha.

Postrados ante ella oraron muy devotamente, ellos y cuantos su séquito componían.

El santo obispo de Barcelona que, según llevamos dicho, con ellos quiso también subir á la montaña, entonó el precioso canto de la Salve que con ardiente fe y entusiasmo siguieron todos.

Y luego se encaminaron al sitio donde sepultado fuera el cuerpo de Riquilda.

Con lágrimas en los ojos y pena en el corazón señalólo fray Juan.

Mandó el conde que dos hombres cavasen cuidadosamente en aquel sitio y así se hizo.

El anacoreta estaba de rodillas á alguna distancia.

Mientras los criados hacían la excavación oraba fray Garin con indecible fervor.

Por unos momentos le estuvo contemplando el conde y murmuró con imperceptible voz:

—Así oraba aquel día en que la libró del poder del espíritu del mal: ¿por qué no habría de poder librarla hoy de la muerte que él mismo le dió?

É involuntariamente volviéronse sus ojos hacia la capilla que desde allí se divisaba.

Un murmullo, una gran exclamación de las gentes que le rodeaban vino á interrumpir sus pensamientos.

Miró á la fosa donde seguían cavando los criados y, á su vez, lanzó una exclamación.

—¡Viva!—dijo.

—¡Viva!—repitieron todos, rota ya la valla del respeto y silencio que el de su señor les impusiera.

—¡Milagro!—clamó el prelado.

Un milagro era realmente lo que acababa de acontecer.

Cuando hubieron llegado los criados á la mitad de su excavación, notaron con extrañeza que la tierra por sí sola se agitaba.

Hiciéronse instintivamente atrás y quedaron suspensos.

Entonces vieron que de entre la tierra salían unos brazos y luego una cabeza y un cuerpo.

Era Riquilda, que se acababa de incorporar en su tumba.

Sentada quedó en el fondo de ella.

Sus ojos buscaron los del anacoreta y luego los de su padre.

El ermitaño, que á su vez dirigiera sus miradas hacia aquel sitio, sintió una impresión indefinible en su interior.

Dejóse caer de cara contra el suelo y prorrumpió en llanto vehemente.

—¡Loado sea Dios!—murmuró.—¿Es ilusión de los sentidos lo que veo, ó es que el Altísimo quiere anonadar á este su indigno siervo con el exceso de su misericordia?

El conde dió unos pasos hacia la fosa, mas no osó llegar á ella.

El obispo se acercó á fray Garín y le dijo:

—Vos la colocasteis allá dentro: á vos os toca ayudarla á salir de allá.

Y juntos los dos la ayudaron á incorporarse y á

salir de la fosa y la condujeron á los brazos de su padre.

Describir el frenético gozo, el grande entusiasmo que se apoderó de cuantos el milagro presenciaron, tarea es imposible para nuestra pluma.

Existen momentos de la vida que nadie acierta á explicar: se sienten, se conciben, pero no se relatan.

—¡Milagro! ¡milagro!

Esta era la palabra que de todos los labios brotaba y que comunicándose de boca en boca, iba repercutiendo por todos los ámbitos de la montaña.

—¡La Virgen de Montserrat la ha conservado viva!—añadían muchos, atribuyendo piadosamente tal prodigio á la Señora de aquellos riscos.

Y estaban en lo cierto.

Ved ahí lo que de los labios mismos de Riquilda pudieron oír cuantos en torno de ella se agruparon, ávidos de contemplarla y de participar del inefable gozo del conde su señor.

Breve fué su relato.

Sumamente devota de la Virgen desde su más tierna edad, á ella elevó su pensamiento al sentirse herida por el arma homicida que atravesara su garganta en aquella noche de dolorosa memoria.

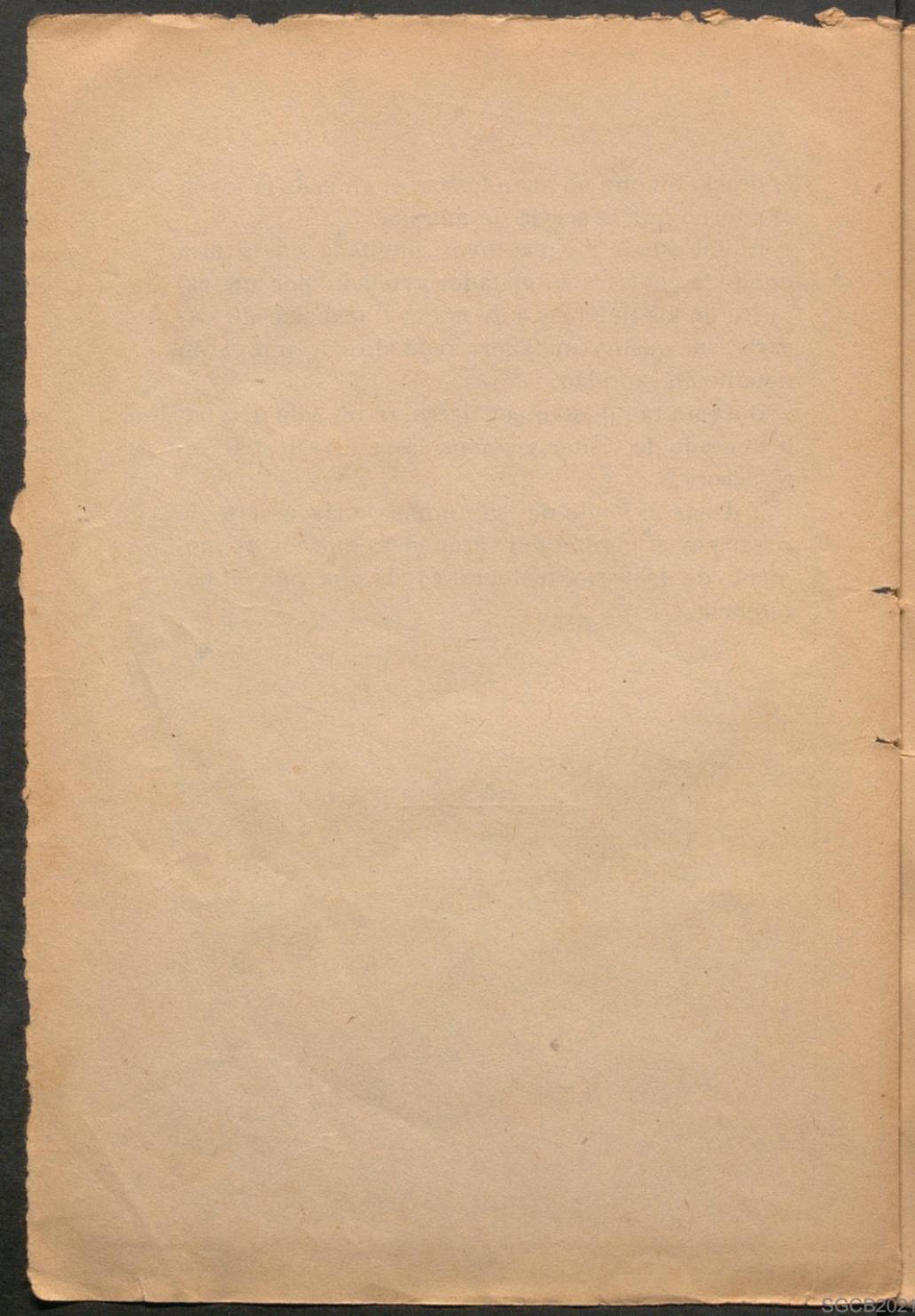
Y María, oyendo su plegaria, obtuvo del Señor

la gracia de que no abandonase el alma de la joven el cuerpo que la servía de morada.

En tal estado se mantuvo sepultada en la fosa donde la colocara su matador ayudado por un espíritu de las tinieblas y de la cual acababa de sacarla su mismo matador ayudado por un varón notable en santidad.

Durante tan dilatado encierro, ni un solo día había cesado de visitarla y consolarla su celestial intercesora.

Y desde el fondo de su tumba jamás cesara de rogar por el perdón del varón justo que con un momento de desvarío malograra toda una vida de penitencia.





XI

En medio de grandes vítores y aclamaciones fué acompañada Riquilda á la capilla de san Acisclo, donde se cantó un himno de alabanza al Todo Poderoso y se rindieron fervorosas acciones de gracias á la Señora de aquellas montañas.

Lágrimas de alegría y reconocimiento brotaban de todos los ojos.

Ante prodigio tan evidente, nadie hubo que no reconociese la bondad y gran poder de la que fué virginal Madre del Hijo de Dios.

Risueña y apacible oró Riquilda ante la imagen de su soberana protectora.

Cuantos la miraban extasiados, sentíanse atraídos hacia ella.

No acertaba el conde á separar de ella los ojos. Sentía un vivo gozo interior y un afán de gozar de la compañía y de la conversación de su hija muy amada.

Habíala llorado perdida para siempre, y cuando tras tan largos años que ya casi trajeran consigo algunos instantes de olvido, porque todo acaba por olvidarse en este suelo, ved ahí que de pronto cuando menos lo esperaba y cuando ni remotamente imaginar podía que tal maravilla aconteciese, reaparece ante sus ojos llena de vida, tan joven, tan hermosa, tan tierna como antes, la que él juzgaba ya polvo ó, cuando menos, informes restos.

No bien su mente pudo recobrar un poco de la anterior calma, apresuróse á despachar para Barcelona un mensajero.

Era éste un noble y joven barón catalán, llamado Hugo, descendiente de uno de los primeros barones que junto con Otger Catalón contribuyeran á librar aquellas tierras del poder de los musulmanes.

—Anda,—le dijo,—que justo es que sea un hombre ilustre y poderoso quien de la nueva de tan admirable portento sea portador: anda, y dile á mi muy amada esposa Gunedilda, que hemos recobrado á nuestra hija.

Partió Hugo con brillante séquito de hombres de

armas y escuderos y, al caer de la tarde de aquel mismo día, presentóse ante la condesa.

Sobresaltóse Gunedilda al verlo llegar tan apresurado y cubierto del polvo del camino.

—¿Qué le ha ocurrido al conde, mi marido?— preguntóle con inseguro acento.

—Portador soy, señora, de nuevas tan extrañas, que de no haberlas visto con mis propios ojos, acaso dudara de ellas.

Más se alarmó todavía la condesa al oír estas palabras.

Peró se apresuró Hugo á sosegarla, añadiendo:

—No temáis, señora, cosa mala; antes sabed que es tan grata la nueva que os traigo, que sólo me hace vacilar en comunicárosla enseguida el temor de que el mismo gozo que ella os cause pueda dañaros.

—¿Dañarme ha una grata nueva? En verdad que más con estas palabras acrecienta en mí el deseo de saberla.

Quedóse unos momentos como indeciso el joven barón, y luego dijo:

—Vos sabéis á qué ha ido esta mañana el conde, mi señor, á Montserrat.

—El luto que me cubre te dice bien que no lo olvido.

—Pues ya podéis ir á vuestra cámara y trocar

este luto por vuestras más ricas y delicadas galas.

Si grande fuera la angustia que sintiera Gunedilda á la llegada del barón, mayor fué todavía su sorpresa al oírle expresarse en tales términos.

Y creció aún ésta de punto, cuando al fin la dijo Hugo que no tardaría en estrechar entre sus brazos á aquella hija tan querida y durante tantos años llorada.

En lo cierto estaba el barón al temer que la podría causar daño la alegría de la nueva de que era portador.

Gunedilda se sintió poseída de un placer tan excesivo, que á no sostenerla en sus brazos el noble mensajero, caído hubiera en tierra presa de una violenta conmoción.

Así son las impresiones en la vida.

De igual manera afectarnos pueden las penas y las alegrías.

Lloramos ante un gran dolor ó cuando nos domina un pesar inmenso.

Lloramos asimismo al tener ante nuestros ojos la perspectiva de la dicha ó al sentirnos en posesión de ella.

Cuando al fin llegó al palacio la comitiva no pudo contenerse la condesa.

Ávida de volver á ver á la hija querida de su corazón, descendió rápida la escalera del palacio y se adelantó á su encuentro.

Á la puerta misma de su morada la recibió de manos del conde, que, vivamente emocionado, la puso en sus brazos.

Sus labios no acertaron á abrirse.

Sus ojos dejaron escapar dos lágrimas imprudentes.

Tierna, sobre toda ponderación, fué la escena que entonces tuvo lugar.

Madre é hija, estrechamente unidas, y vertiendo abundante llanto, subieron la escalera del palacio.

Riquilda sostenía á su madre, que apenas podía mantenerse en pie.

En pos de ellas subieron el conde y el prelado, y cuantos á Montserrat les acompañaran.

Fray Juan Garín no estaba entre ellos.

Cumplida su misión, rogó al conde y obtuvo de él que le dejase en su cueva.

¡Con qué placer volvió á ocupar su primitiva morada!

Mas el Cielo tenía dispuesto que no debía el santo anacoreta residir en ella mucho tiempo.

No adelantemos los acontecimientos.

Reunámonos de nuevo con Wifredo y su familia á cuyo seno había vuelto la alegría con la vuelta de su Riquilda.

Con grandes festejos celebróse en la señorial morada el milagroso suceso.

Fueron los más importantes los dirigidos á demostrar al Señor la gratitud de que estaban henchidos los corazones todos.

En ellos tomó parte la ciudad entera.

Diéronse luego fiestas en el palacio condal.

Á ellas acudió lo más distinguido é ilustre de la nobleza catalana.

Á ellas acudieron asimismo príncipes y condes de las comarcas vecinas.

Todos estaban ansiosos de convencerse por sus propios ojos del portentoso caso.

Riquilda, condescendiendo á los deseos de su padre, asistía á todos los festejos que en honor suyo se verificaban.

Rodeábanla las damas y los caballeros, ávidos de contemplarla, y no acertando todavía á dar crédito á lo que veían.

Y al mirarla tan joven y tan bella, no fueron pocos los jóvenes caballeros y señores que sintieron latir por ella su corazón.

Á sus oídos llegaban sin cesar palabras llenas de ternura y frases henchidas de amor.

Ojalas Riquilda sin demostrar impaciencia, pero con pena interior.

La hija de los condes no pensaba ya en los placeres de la tierra.

Habla saboreado durante dilatados años un goce,

una felicidad superior á la que podía ofrecérsela en el mundo.

La felicidad suprema de la vista de la Virgen Madre de Dios.

Aquellos años habían pasado como un soplo.

Así pasan siempre las horas y los contados días felices que alcanzamos en este suelo.

Por eso guardamos de ellos siempre memoria.

Olvidamos las penas, porque si á recordarlas nos pusiéramos, su sola memoria nos traería la muerte.

Pero los goces... ¡ah! éstos los recordamos con tal fruición, con tal anhelo!...

Esto mismo le acontecía á Riquilda.

Y su corazón no se conmovía ante las tiernas atenciones de los que se sentían impresionados por sus atractivos, antes por el contrario, causábanla pesar, disgusto acaso.



XII

Sentadas una al lado de la otra, se hallan platicando madre é hija en una estancia retirada de su morada.

Gunedilda tiene cariñosamente cogidas entre las suyas las manos de Riquilda.

Una ligera nube de tristeza vela las facciones de la infanta.

Pudiérase ver que la conversación que con su madre está sosteniendo no es completamente de su agrado.

Veamos cuál sea ésta.

—Bien puedes comprender,—dice Gunedilda á su hija,—que nuestro deseo más ardiente es lograr verte dichosa.

—Dichosa soy, madre mía, y si á alguna mayor dicha aspiro, tened por seguro que no es esta la de unir mi suerte á la de un hombre.

—Pláceme que así te expreses, porque tus palabras me dicen que sigues tan inocente y pura como antes de aquella época dolorosa en que á Dios le plugo alejarte de nuestro lado. Mas hoy que á la vida has vuelto, natural es que pienses en tomar estado.

—¡Ay, madre mía! ¿Por qué os empeñáis en tal porfía?

—Porque anhelo tu ventura, y sé que serás venturosa si aceptas por marido al hombre que tu mano solicita.

—No más me habléis de él.

—Es joven, es noble, es poderoso...

—Bellas prendas son estas que á otra doncella acaso halaguen, mas no puede cifrarse en ellas la ventura.

—Verdad es que no bastan ellas para hacer la felicidad. Pero posee, además, un corazón de oro, y guarda fielmente la fe de sus mayores.

—Dios recompensará un día su constancia si sabe tenerla hasta el fin. Mas yo, ¿qué he de saber, ni á mí qué me importa de la valfa de su corazón, si no he de aceptarle?

—Es que él te ama y...

—El amor de las cosas de este mundo pasa como

los aromas de las flores que el aire nos envía. Yo, madre mía, siento arder en mi corazón otro amor más puro y grande, otro amor que no se pierde, un amor que no puede compararse con los amores de la tierra.

—¿Tan elevado, tan grande es aquel en quien pusiste los ojos y la voluntad?

—Grande, inmenso é infinito.

—Sólo en Dios reconocer podemos tales dotes.

—En Dios es en quien tengo yo puesto mi amor.

—Más á Él se le puede amar también, aun amando á las criaturas.

—Sí, pero yo no me siento con fuerzas suficientes para dar cabida en mi corazón á dos amores tan distintos.

Suspiró Gunedilda y miró tristemente á su hija, al mismo tiempo que la decía:

—Un día se apoderó de tí el espíritu del mal inspirándote una aversión á cuanto había de santo: terrible cosa sería que cayeses hoy en el extremo opuesto.

—Tranquilizaos, madre mía,—contestó Riquilda con dulcísima sonrisa:—la Señora que ha mantenido mi vida en el interior de mi tumba durante los largos años que en ella permanecí casi de todos ignorada, no pudo inspirarme pensamientos que no fuesen grandes y santos.

—¿Y si no fuese ella?

—¡Oh! Bien sé yo que lo es.

—¿Y es ella quien te mueve á rechazar al hombre que te ofrece amor y mano?

—Sí, ella es: ella que me llama, ella que me tiene preparado otro esposo más bello, más noble, más poderoso y más bueno que todos los de la tierra.

—¿Quieres entonces renunciar al mundo?

—Quiero ser esposa del Señor.

Inclinó Gunedilda la cabeza y sus labios se sellaron.

Triste, sin embargo, quedó, y algunas lágrimas asomaron á sus ojos, cuando, tras breves instantes de silencio, murmuró:

—Dos hijas le plugo al Señor darme y en ellas cifrara yo hermosas esperanzas. ¿Por qué había de dármelas, si luego me las había de quitar?

—De Dios nos vienen los bienes todos, madre mía, y pues Él nos los envía, ¿por qué no ha de poder volvérnoslos á quitar? Y luego, ¿qué mayor dicha puede caberle á una madre que el inefable consuelo de ver á sus hijas sirviendo al más grande, al más tierno de los esposos?

En vano fué que insistiese de nuevo Gunedilda.

En vano fué también que el conde intentase torcer con cariñosos ruegos la voluntad de su hija.

—Por largos años llorado me habéis como á muerta ó perdida. Si hoy alentar me veis entre



... la condujeron á los brazos de su padre. (Pág. 92)

vosotros, agradecerlo debemos todos á la soberana Señora que quiso dignarse concedernos este don, y quien mayor obligación tiene con ella contraída soy yo, que por ella me he visto atendida y

cuidada. Y si ella durante tantos años me ha atendido, ¿no vengo yo obligada á ponerme á mi vez á su servicio?

Ante razones de tal valía, no hubo medio de resistir por más tiempo.

Dispuso Wifredo que en un sitio de la montaña de Montserrat, inmediato al en donde á la sazón se venera la milagrosa imagen de María, se levantase suntuoso monasterio.

Cuando éste estuvo terminado, los prelados de las diócesis acudieron invitados por el conde á bendecirlo.

Grandiosa fué la ceremonia.

Inmensa, incalculable la multitud que á presenciarse acudió de todos los puntos del condado.

De un convento de las inmediaciones de Barcelona, llamado San Pedro de las Puellas, partieron para Montserrat varias religiosas.

Ellas fueron á habitar en el nuevo monasterio.

Á él fué asimismo acompañada Riquilda, y desde luego se la constituyó abadesa de aquella reducida comunidad.

Y trasladada á la iglesia del citado monasterio la imagen de la Virgen, desde entonces fué allí donde acudieron las gentes á rendirle perenne culto.

Entretanto el piadoso anacoreta, fray Juan Garín, seguía haciendo ruda penitencia, retirado en el fondo de su gruta.

Desde ella asistía á la construcción del monasterio.

Desde ella presenció los preparativos de las imponentes ceremonias que sucesivamente tuvieron lugar en él.

Un día, el anterior á la llegada de las religiosas, presentóse á la entrada de la cueva un mensajero.

Era el mismo que trajera á Gunedilda la noticia del hallazgo de Riquilda.

—¿Qué me queréis?—preguntóle el penitente.

—Órdenes os traigo—contestó Hugo,—de mi señor y del obispo de Manresa.

—Y ¿qué desean de mí, mis señores?

—Dispuesto han que abandonéis esta cueva que os sirve de morada.

El anacoreta levantó al Cielo las manos y los ojos con aire desolado.

—¿Quieren que abandone mi vivienda?—dijo con tristeza.

—Esto quieren.

—¿Á dónde iré, pues, á guarecerme, si de mi retiro tan amado me arrojan?

—Morada mejor y más digna de vos os tienen dispuesta.

—Mejor que esta imposible es que dárme la puedan, pues no habrá sitio donde con más placer elevar pueda mis preces al Dios de justicia y de bondad. Más digna de mí haberla puede, pues no existe punto de la tierra, por escabroso y triste que parezca, que no valga infinitamente más que yo que lo habito.

Sonrióse el mensajero admirando la humildad del varón justo, y le dijo:

—¿Veis aquel edificio que allá abajo se levanta?

—Sí,—contestó Garín;—desde aquí le he ido viendo tomar forma.

—¿Sabéis el objeto á que está destinado?

—Hanme dicho que á servir de morada á la excelsa Reina de estas montañas.

—Así es.

—Y ved por dónde va á ser mayor todavía la aflicción de mi alma si de mi retiro me ordenan que me vaya, pues también es muy dulce el consuelo que á mi alma lleva el poder desde aquí saludar á todas horas á la Madre de Dios.

—Cese, pues, vuestra aflicción, buen penitente, porque aquel edificio es la morada que desde hoy se os ofrece.

Si se alegró fray Garín al saber tan inesperada nueva, no necesitamos decirlo.

¿Qué mayor ventura podía desear que la de ha-

llarse constantemente en la mansión de la Madre de Dios?

Elevó al Señor dede el fondo de su corazón fervorosa acción de gracias, y siguió al noble doncel que en su busca viniera.

Desde aquel momento quedó instalado en una habitación que para él se había destinado en el nuevo monasterio.

Allí vivió desde aquel día el santo anacoreta, prosiguiendo siempre en hacer penitencia y vida religiosa, hasta que le llevó el Señor de esta vida.



APÉNDICES

I

¿LEYENDA Ó HISTORIA?

Hemos transmitido á nuestros lectores, si bien con algunas variantes á que nos ha obligado la conveniencia de dar cierta amenidad á nuestro relato, la tradición que en cuantos autores se ocupan de Montserrat se menciona sobre el ermitaño fray Juan Garín.

Meros cronistas de los hechos que hasta nosotros han llegado, nos queda un punto por dilucidar.

Helo ahí:

Fray Juan Garín ¿fué un personaje histórico?
Garín.

¿Fué únicamente un ser legendario? (1)

En varios pasajes de esta novela hemos hecho notar que en ella seguíamos á Pujades, el ilustre autor de la Crónica de Cataluña.

En sus páginas hemos intentado buscar la solución del problema.

Profundizando bien en el contenido de los capítulos que á fray Juan Garín dedica, nos hemos visto al fin imposibilitados de resolver la cuestión que es objeto de este apéndice.

Refiere los hechos tradicionales.

Transcribe las opiniones de varios autores coetáneos suyos y anteriores á él.

Extiéndese bastante sobre los primeros y sobre las segundas.

Mas en suma no se decide resueltamente por ninguna.

Y eso que Pujades no es de los menos difíciles en esta clase de historias.

Sin embargo, si á algún lado decantarse debiera, acaso sería más bien á la negativa que á la afirmativa.

Pero no nos bastaba tal incertidumbre.

Deseosos, por lo tanto, de hallar punto donde mayor luz pudiéramos obtener, quisimos consultar

(1) Este asunto y otros que se relacionan con él nos proponemos tratarlos en un artículo que daremos á luz próximamente. (N. del A.)

algunas otras obras posteriores y anteriores á la del mencionado cronista.

No nos extenderemos en detallarlas, ni en hablar especialmente de cada una de ellas.

Sería un trabajo demasiado difuso.

Y sobre difuso, pesado para la inmensa mayoría de nuestros lectores.

Además en la gran mayoría de ellas no veríamos otra cosa que una fotografía de las ideas dominantes en las épocas en que respectivamente se escribieron.

Nos concretaremos, pues, á citar dos nombres que bien merecen la preferencia, puesto que ambos nacieron en tierra catalana.

Don Víctor Balaguer en su *Historia de Cataluña* dice pocas palabras sobre el asunto de este libro.

Lo toca como incidentalmente.

Y se concreta á calificar la historia de fray Juan Garín de una de tantas leyendas (léase fábulas) como existen sobre la célebre montaña de Montserrat.

En cambio, Pedro Serra y Postius, escritor de la primera mitad del siglo XVIII, emite, en su notable y curiosísima *Historia de Montserrate*, una opinión diametralmente opuesta.

Afirma y hasta presenta pruebas de la existencia real del penitente de Montserrat.

Desde luego fija su nacionalidad, manifestando

fué catalán, y rebatiendo la opinión emitida por algunos escritores que afirmaron haber nacido en tierras del reino de Valencia.

Señala en otro lugar, y determina el punto de la montaña donde es tradición tenía su cueva el penitente.

Menciona además el punto que escogiera por morada el espíritu del mal para desde allí conducir al varón justo á la comisión del horrendo crimen que con tan dura y prolongada penitencia expió después.

Describe asimismo, tomándolo de un autor de notoria autoridad, el carácter y las condiciones que adornaban á fray Juan Garín.

Menciona asimismo las estatuas de Garín y del ama con el niño que existían ya en su época y que á principios de este siglo subsistían todavía en el que fué palacio de Valldaura.

Cita igualmente los cuadros y retablos existentes no sólo en Montserrat, sino hasta en la capital del orbe cristiano, representando escenas de la historia que hemos relatado.

Más adelante cita el lugar donde estuvo sepultado fray Juan Garín, y el paraje donde en su tiempo se conservaban sus restos mortales.

Hé aquí los dos párrafos donde de estos dos últimos extremos se ocupa:

«En la entrada de la iglesia vieja de Montserrate,

se ven en el suelo dos pedazos de jaspe verde, y en medio de ellos otras dos piezas menores, la una blanca y la otra colorada, en cuyo lugar es anti-
quisima y continuada tradición en Montserrat que
fué sepultado fray Juan Garín.

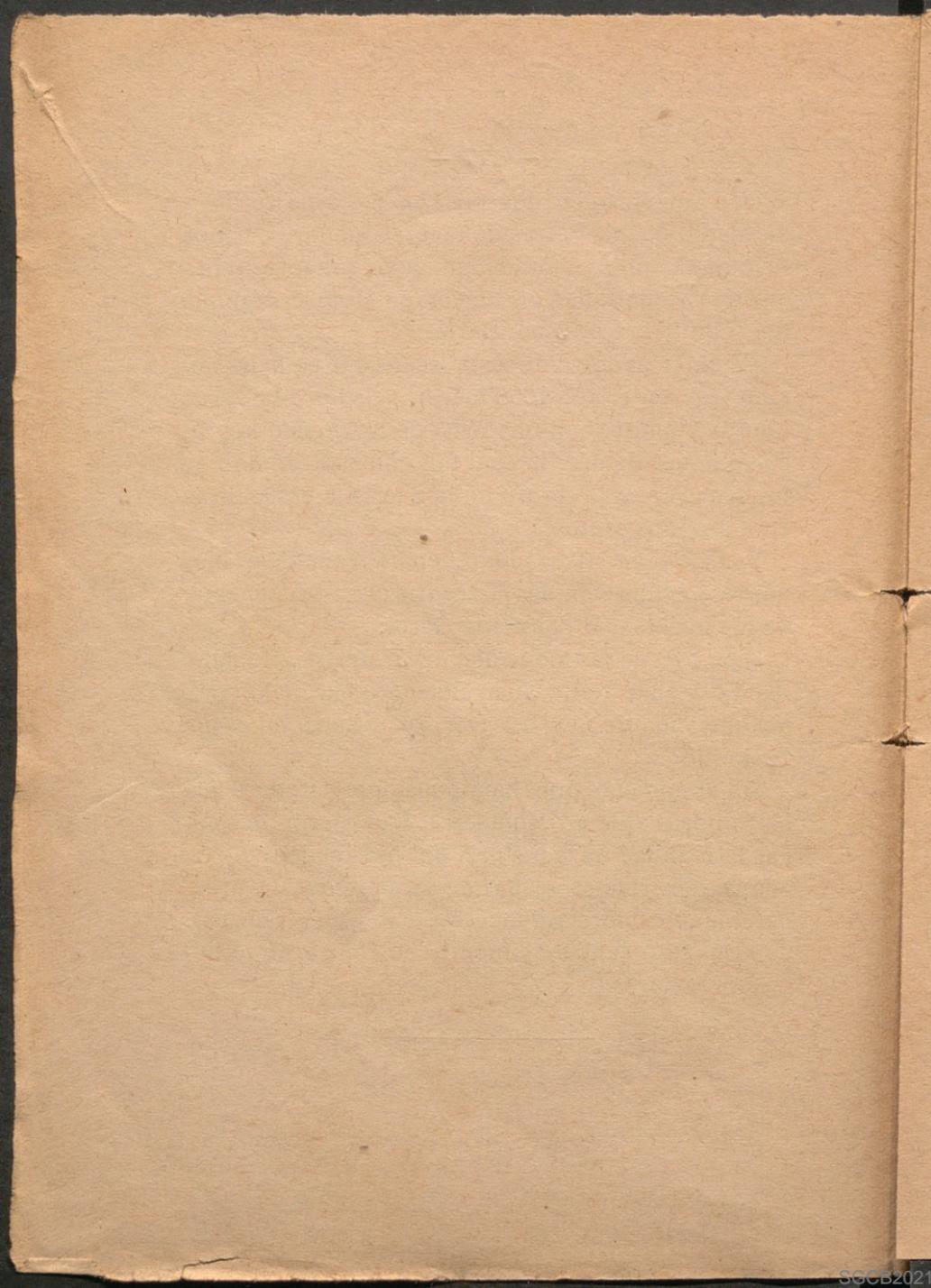
»Y en el Archivo de esta Real Casa se halla no-
tado que en el año 1608 fueron sacados de allí sus
huesos y puestos en una urna de terciopelo negro,
con galones de oro, la cual fué colocada en uno de
los armarios del tesoro de la Sacristia entre otros
de diferentes santos.»

Y añade en otro punto, como remate y más
fuerte justificación de la verdad de la existencia y
de los hechos del penitente Garín:

«Los PP. de la Compañía de Jesús, continuado-
res de la obra del P. Juan Bolando, hacen honorí-
fica mención de nuestro fray Juan Garín en el día
12 de julio.»

Sin el empeño que han puesto de entonces acá
los autores que de Montserrat han escrito, en ne-
gar la realidad de la historia del personaje que nos
ocupa, deberíamos acabar declarando que esverda-
deramente histórico el suceso que llevamos referido.

Pero ante tantas opiniones en contra, ¿qué he-
mos de decir?





II

LA ABADESA RIQUILDA

Otro punto que ha dado lugar á alguna discusión ha sido el de la existencia, en determinado tiempo, de un monasterio de monjas en la montaña de Montserrat.

Y por ende la existencia en el mismo de una abadesa que se llamase Riquilda.

En el decurso de los libros que llevamos escritos hasta ahora, hemos puesto empeño especial y preferente en no faltar á la verdad histórica.

Cuantos nos hayan leído habrán podido convenirse de ello.

No era lógico, por lo tanto, que, tratándose de una tradición de nuestra tierra, la fuésemos á falsear.

Lógico era pues que, antes de asentar los detalles que hemos dado en el capítulo último de nuestro libro, tratásemos de averiguar si los podíamos asentar sobre base verdadera.

Las investigaciones hechas nos dieron un resultado afirmativo.

Por esto aceptamos el hecho de que vamos á hacer mención.

El obispo de Manresa, ó que tenía en aquellos tiempos su sede en la mencionada ciudad, hizo voto de levantar un templo á la Santísima Virgen, para que en él se venerase la milagrosa imagen encontrada en la célebre cueva de Montserrat.

Posteriormente á la época en que tuvo lugar el hallazgo y en que formulara su voto el obispo, aconteció el milagroso suceso de que el conde de Barcelona recobrase viva y sana á su hija Riquilda.

Reconocido Wifredo, costeó él la construcción del templo que el prelado ausetano ofreciera á María.

Y como quiera que Riquilda había decidido ponerse al servicio de la que había sido su salvación y guarda durante su dilatada permanencia en el seno de la tierra, resolvió eregir en dicho templo un monasterio.

Es indudable que, para llevar á cabo tal empresa, debieron ponerse anticipadamente de acuer-

do el conde de Barcelona y el obispo de Manresa.

Tiempos eran aquellos en que los poderosos de la tierra se guardaban muy bien de inmiscuirse en las cosas de la Iglesia por sí y ante sí, como desgraciadamente acontece en las edades modernas.

Levantóse, pues, el monasterio, y á él se trajeron, como llevamos dicho, varias religiosas del convento de San Pedro de las Puellas de Barcelona.

Esto se halla plenamente confirmado por el ilustradísimo Abad Yepes, quien, tratando de este asunto, dice así:

«Es muy cierto que el principio del Convento de Nuestra Señora de Montserrat tuvo su origen en un Monasterio de Monjas que en aquel lugar guardaban la regla de San Benito y servían á la santa Imagen... en el cual estuvieron hasta el año 976, cuando era Conde de Barcelona don Borrell, que pasó las Monjas de Montserrat á Barcelona y las redujo á su antiguo monasterio, y en su lugar llevó el Conde monjes que guardasen también la Regla de San Benito, sacados del insigne monasterio de Santa María de Ripoll...»

Y en este otro párrafo de Serra y Postius:

«El tiempo en que empezó el culto de Religiosas en Montserrate, no puede señalarse á punto fijo,

pero sería por los años de 895, pues fué poco después del nacimiento del conde Mirón como resulta del suceso referido (1) y este conde nació en el año de 894.

Puso luego el conde Wifredo por abadesa del monasterio á su hija Riquilda.

Lo cual no era cosa nueva, ni rara.

En todos tiempos se ha visto constituirse legítimo jefe de una comunidad el fundador ó fundadora de ella.

Y pues para albergar en él á su hija edificara el conde el monasterio, natural era que en el mismo la colocara, no como á una cualquiera de las que iban á ser sus compañeras, sino en un rango superior.

Que hubo en el monasterio de monjas de Montserrat una abadesa que se llamó Riquilda, consta del párrafo que vamos á transcribir.

Es de Pedro Serra Postius, y dice lo siguiente:

«Que el conde Wifredo II tuvo una hija llamada Richilda *la degollada*, y Abadesa de Montserrat, consta en una donación que el conde Suñer, hermano de dicha señora, hizo al monasterio de Ripoll...»

(1) «Dice Pedro Antón Beuter, que el Conde (Wifredo II) puso por nombre á su hijo pequeño, que habló de tres meses, *Mirón* (como si dijera admiración), espantado de estos milagros extraños que le acontecieron...»

Omitimos el resto para no seguir molestando más la atención de nuestros lectores.

Unicamente haremos constar que la tal donación, donde realmente consta este dato, está fechada el 8 de las Calendas del año 928.

Y aquí hacemos punto á nuestras breves incursiones en un terreno que no es el más á propósito para conducir por él á los lectores de libros de la índole del presente.

Permitasenos, empero, antes de terminar, que demos una explicación sobre el motivo que á este terreno nos ha llevado.

Un sujeto poco escrupuloso y completamente ignorante de nuestras tradiciones populares, escribió, hace algunos años, un libreto, que más acertadamente puede ser calificado de *libelo*; y un ilustre compositor español escribió sobre él una partitura admirable.

Nos referimos al libreto de la ópera *Garin*, preciosísima concepción musical del insigne Tomás Bretón.

Dicho libreto es una aberración, es un trabajo que falsea por completo al personaje que se ha querido presentar en escena.

El poco escrupuloso libretista nos presenta á un miserable criminal, á una especie de Juan Tenorio recalitrante, ó cuando menos reincidente.

Y no hemos podido consentir que viniese un advenedizo cualquiera á ofender con tal desparpajo una de las venerandas tradiciones de nuestra querida montaña de Montserrat.

Este propósito ha guiado nuestra pluma al poner los apéndices precedentes al libro que presentamos.

FIN

COLECCIÓN

DE

NOVELAS POPULARES

Ilustradas con grabados intercalados en el texto y artística cubierta al cromo. Cada tomo se vende á

2 REALES

en toda España.

RELACIÓN DE LOS TOMOS PUBLICADOS y en venta

- 1.—La Dama de las Camelias.
- 2.—Julieta y Romeo.
- 3.—La Favorita.
- 4.—Carmen.
- 5.—La Africana.
- 6.—Los amantes de Teruel.
- 7.—Otelo.
- 8.—Cleopatra.
- 9.—Garín.
- 10.—Doña Juanita.
- 11.—Mesalina.
- 12.—Los Hugonotes.
- 13.—Boccaccio.
- 14.—Fausto.
- 15.—Genoveva de Brabante.
- 16.—Manon Lescaut.

